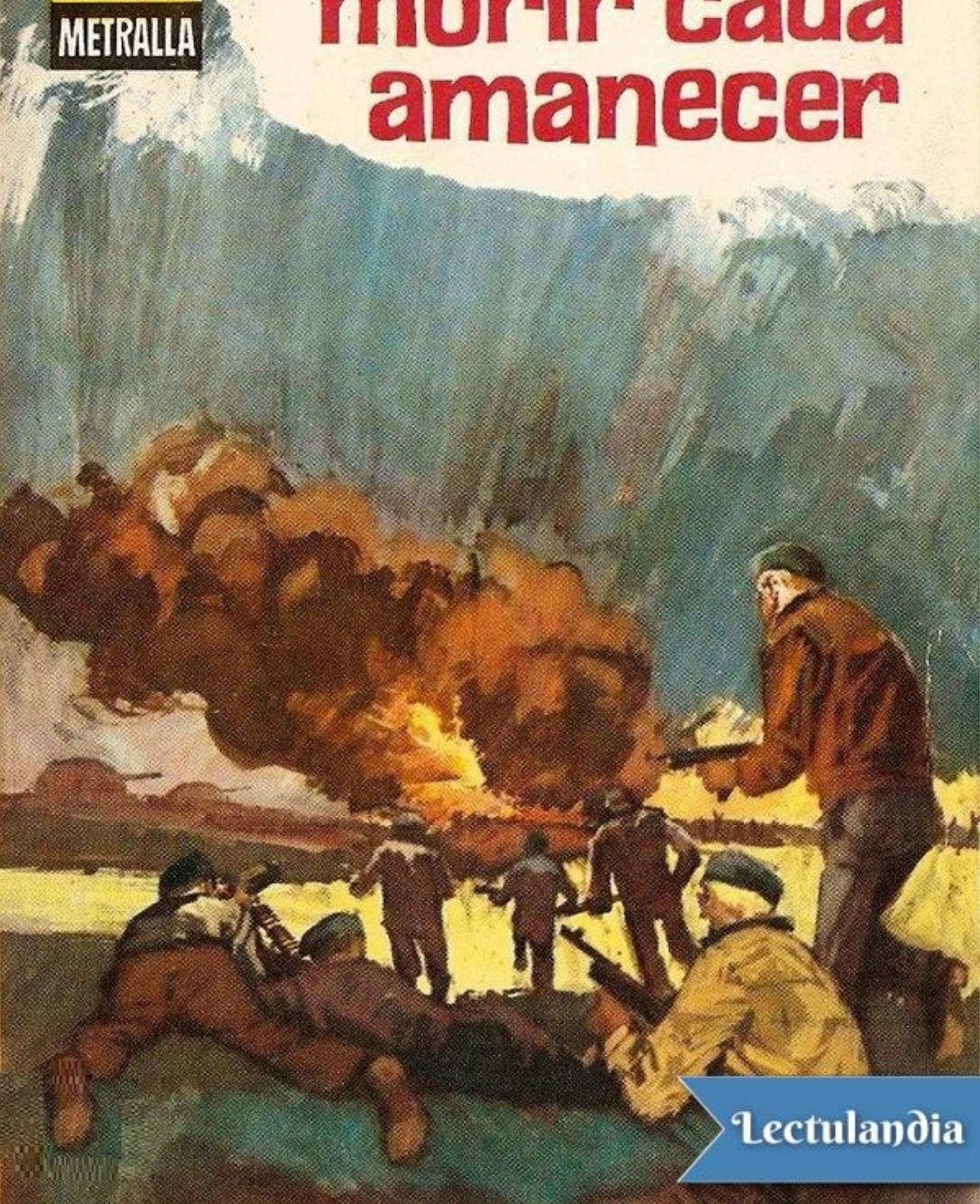




METRALLA

peter debry

morir cada amanecer



Lectulandia

«La lluvia arreciaba insistente sobre la tupida enramada artificialmente distribuida y que recubría los tejados de treinta largos barracones.

Desde el aire cualquier avión de reconocimiento no habría divisado el menor rastro de edificaciones.

Tanto los servicios de observación aérea como los del espionaje alemán, seguían considerando zona inhabitada la región pantanosa de Muir Damp, distando veinte millas del litoral sur de Gran Bretaña.

Pero en aquel atardecer del 6 de mayo de 1944, hacía ya dos meses que en los barracones se alojaban cerca de dos mil hombres. Durmiendo, agotados, en literas superpuestas, los que no tenían graduación. Los suboficiales en hamacas aisladas y los oficiales en compartimentos similares a camarotes.

No eran marinos, sino fuerzas de infantería, componiendo los cuatro batallones de la Brigada 153».

Lectulandia

Peter Debry

Morir cada amanecer

Bolsilibros: Metralla - 79

ePub r1.0

xico_weno 23.08.16

Título original: *Morir cada amanecer*

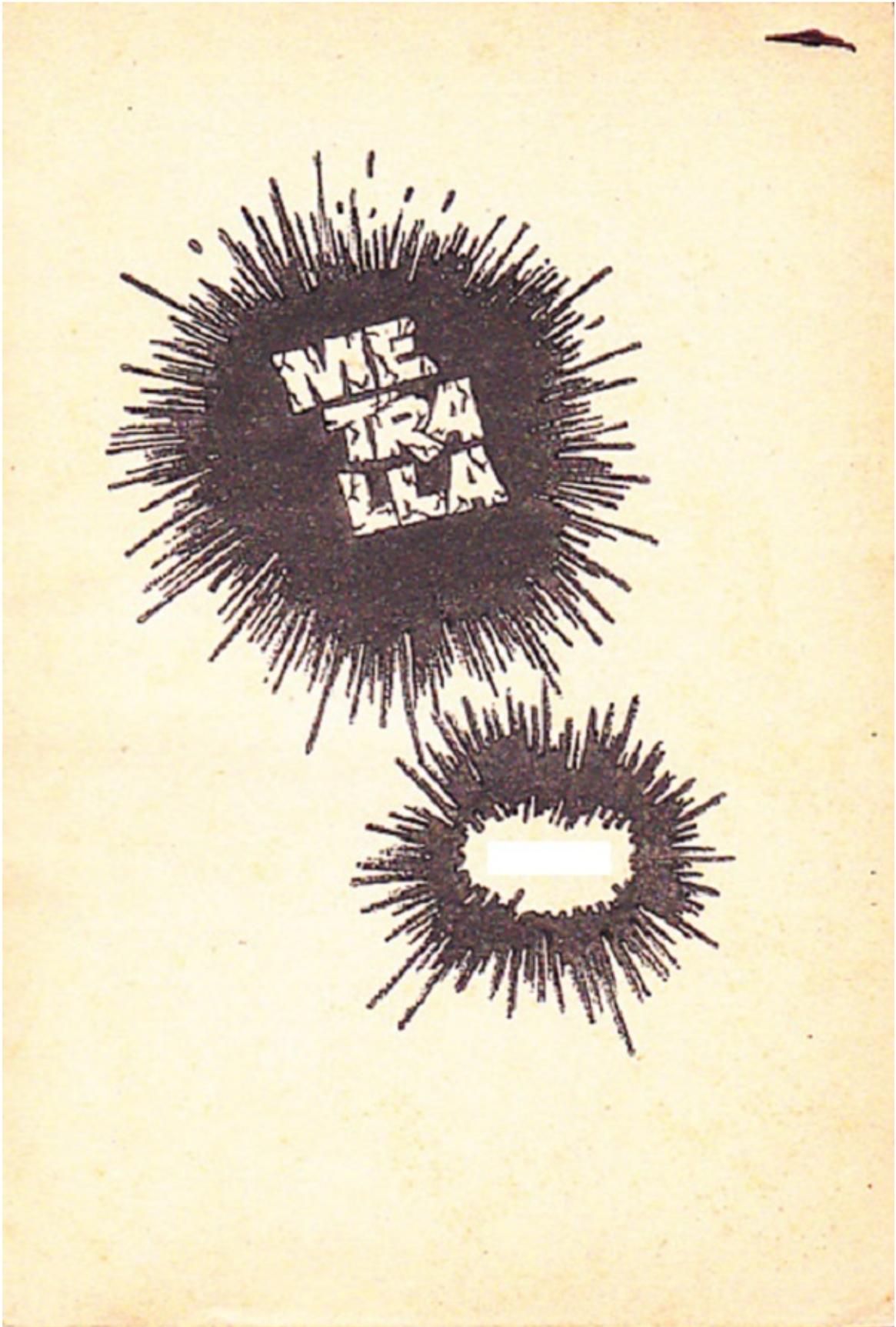
Peter Debry, 1966

Ilustraciones: Desilo

Editor digital: xico_weno

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



CAPÍTULO PRIMERO

La lluvia arreciaba insistente sobre la tupida enramada artificiosamente distribuida y que recubría los tejados de treinta largos barracones.

Desde el aire cualquier avión de reconocimiento no habría divisado el menor rastro de edificaciones.

Tanto los servicios de observación aérea como los del espionaje alemán, seguían considerando zona inhabitada la región pantanosa de Muir Damp, distando veinte millas del litoral sur de Gran Bretaña.

Pero en aquel atardecer del 6 de mayo de 1944, hacía ya dos meses que en los barracones se alojaban cerca de dos mil hombres. Durmiendo, agotados, en literas superpuestas, los que no tenían graduación. Los suboficiales en hamacas aisladas y los oficiales en compartimentos similares a camarotes.

No eran marinos, sino fuerzas de infantería, componiendo los cuatro batallones de la Brigada 153.

Sometidos a un duro entrenamiento, con supuestos tácticos de desembarco en zonas arenosas y avance por suelos pantanosos provistos de alambradas, caballos de frisa y cuñas erizadas de espinos, resistían con animosa tenacidad.

Superado el límite humano de sus fuerzas, algunos tuvieron que ser hospitalizados y fueron prontamente relevados por franceses voluntarios. En su mayoría impulsados por un fanático idealismo patriótico.

Las fuerzas procedentes del Canadá francés, lucían en la hombrera de sus cazadoras dos banderines cruzados: el inglés y el francés. En cada compañía canadiense, los agregados franceses de tropa, suboficialidad y oficialidad, llevaban el emblema del gallo retador aureolado por las tres iniciales: F. F. L.

Los voluntarios de las Fuerzas Francesas Libres se distinguían también de sus compañeros canadienses por la boina negra. Y por una mayor impaciencia en pisar tierra francesa.

Al atardecer de aquel 6 de mayo de 1944, exactamente un mes antes de la fecha en que tendría lugar «El día más largo» de la Segunda Guerra Mundial, en uno de los barracones y en conferencia estrictamente privada, se reunían con el coronel al mando de la Brigada 153, los tres generales representantes del Estado Mayor Aliado.

El representante de las Fuerzas de Francia Libre, declaró su absoluta conformidad con los pormenores de la Operación de Tanteo que se iniciaría aquella misma noche.

Terminó su intervención afirmando:

—La inevitable y elevada cifra de bajas que sufrirá la Brigada 153 en su intento de desembarco, queda en conciencia plenamente compensada, ya que permitirá el conocimiento positivo sobre el terreno de los puntos vulnerables de la defensa nazi en la costa atlántica francesa.

El representante inglés especificó:

—Habiendo sido denegada la oferta de buques de la Real Armada británica para proceder a la recogida de los posibles supervivientes, el Almirantazgo solicitó que indagase las causas de esta negativa.

—Quedó descartada la oferta ante la imposibilidad de que los supervivientes de esta fuerza de desembarco pudieran regresar a ningún punto del Muro del Atlántico. Las informaciones que poseemos coinciden en que la única oportunidad de salvación para los que logren rebasar las defensas costeras, radica en su infiltración a marchas forzadas, hasta dejar atrás las restantes líneas de atrincheramiento del enemigo. Por este motivo no fue aceptado el desplazamiento inútil de unidades navales, que se limitarán al transporte de los lanchones de desembarco.

—Me resisto a suponer inútil la permanencia de las unidades navales, aunque solamente fuera con el objeto de elevar la moral de los que ocuparán los lanchones de desembarco.

Y el general inglés miró interrogante a su colega americano, que argumentó con aspereza:

—Cualquier soldado de la Brigada 153 que no sucumba al pisar las playas al este y oeste de Dieppe, sabrá que solamente podrá sobrevivir en relación directa y progresiva a cuanto mayor sea su filtración rápida y constante tras la triple línea defensiva costera. Éste es el motivo principal por el cual fueron seleccionados los efectivos canadienses de habla francesa y los voluntarios de las F. F. L. por cuyo perfecto entrenamiento físico y alto espíritu combativo le renuevo mi felicitación, amigo Charles. Y díganos su opinión ahora.

El coronel canadiense afirmó con rotunda sencillez:

—El intento de regresar al litoral, reanudando un segundo ataque contra el Muro del Atlántico, equivaldría a un suicidio absurdo.

—Por otra parte —intervino el general norteamericano— los oficiales y suboficiales de la expedición, serán inmediatamente instruidos sobre la vital importancia de que, una vez atravesada la primera línea costera, les bastará al término de dos jornadas de infiltración, refugiarse en sitios seguros, en espera del día «D».

—¿Sitios seguros en el norte de Francia ocupada? —rebatí el inglés mordazmente—. No habrá para ningún soldado aliado de la Brigada 153, vaya donde vaya, llegue donde llegue, ningún refugio seguro, ni el menor rincón donde pueda reposar con la garantía de ver amanecer.

—Ésta será la misión más fácil de los supervivientes de la 153. Elegir el sitio adecuado desde donde podrán entablar contacto con las fuerzas aliadas el día «D», ya cercano, de la invasión general y definitiva.

Y con repentino estallido colérico, el general norteamericano dando un puñetazo en la mesa, agregó:

—¡Por favor! Prescindiendo ya de todo concepto jerárquico de mando supremo... Quiero que sepan, amigos míos, que la decisión de enviar a una heroica muerte casi segura al noventa por cien de la Brigada 153, me ha costado noches y noches de

indecible angustia. Créanme... Una vez tomada esta decisión, presenté mi renuncia y solicité el mando de la Brigada 153. Fue rechazada mi petición. Al igual que fue rechazada la suya, Tommy.

Tendía el índice hacia el impasible general inglés que, arqueando una ceja, replicó en tono afable:

—No se acalore, Sammy. Mis excusas si le he parecido obstinado y obtuso. Que nos hayan eliminado de participar en esta operación, donde es indiscutible que es preciso ser joven, ágil y rápido de movimientos, no es ofensivo. Somos reumáticos, Sammy.

La amplia sonrisa del norteamericano fue contagiosa y distendió todos los semblantes. El general francés palmoteo el hombro del coronel canadiense:

—Los argumentos empleados por Charles Dartex fueron inapelables. Le pertenecía con todo derecho el mando, puesto que el ochenta por cien de la Brigada 153 es canadiense.

El capitán ayudante francés miró con fijeza al coronel canadiense:

—Perdón, mi coronel... Si mi memoria me es fiel, entre los voluntarios franceses, hay un parisiense llamado Dartex. Un apellido poco corriente. Es el de un soldado raso. Guy Dartex.

—Hijo de mi difunto hermano. Nació en París, pudo evadirse a tiempo y anhela regresar cuanto antes a su adorado Montmartre. Puedo asegurarles que uno de los primeros soldados de la 153 que entrará en París, será Guy Dartex.

* * *

—Levántese, por favor, soldado Dartex —suplicaba humildemente el sargento Laroc.

Guy Dartex se levantó, y el sargento Laroc le siguió hasta una enorme sala llena de cruces gamadas, iluminada con antorchas rojas sostenidas por atléticos prusianos.

Había una sola mesa, larguísima y un solo sillón en el que sentóse Guy Dartex mientras a su lado, en pie, Darius Laroc le presentaba con una reverencia, una estilográfica de oro.

Un almirante y dos generales alemanes se aproximaban presentando sus sables a Dartex, mientras el sargento Laroc en posición de firmes, decía respetuosamente:

—El ejército, la armada y la aviación alemana sólo quieren rendirse ante usted, soldado Dartex.

—Me parece muy bien —asintió Guy Dartex—. ¿Es reglamentaria y conforme a las ordenanzas esta estilográfica, sargento? Si no, le voy a empaquetar y las pasará negras. Le enviaré al barbero para que le deje el cráneo más brillante que la barriga de una rana, ¿estamos, Laroc, bribonazo?

Darius Laroc sonrió humildemente...

—¡En pie, aquí dentro! ¡Arriba, manada de marmotas! —vociferó el sargento

Laroc. Guy Dartex se despertó sobresaltado, incorporándose bruscamente.

Imprecó dolorido al chocar su cabeza contra la litera superior, y fue recordando que era la segunda noche de su permanencia en un transporte.

Un transporte que pocas horas antes inició su navegación rumbo al punto «X», para a la hora «Y», transbordar a los que desembarcarían pasando al ataque al minuto «Z», según se había dignado explicar Darius Laroc.

En aquel sollado estaban tan sólo los doce hombres que componían el segundo pelotón de la tercera sección de la Compañía «C», del Cuarto Batallón de la Brigada 153.

Unas abluciones rápidas en el lavadero común y cada cual desayunó de su termo y de la ración en frío. A los cinco minutos, ya equipados, oían los ladridos del sargento Laroc:

—¡Cabo Dubois!

—Jules, presente.

—¡Primera Forban!

—Roger, presente.

—¡Veterano Colbert!

—Alfred, presente.

—¡Voluntario Dartex!

—Guy, presente.

—¡Veterano Delmas!

—Lionel, presente.

—¡Veterano Gandin!

—Jean, presente.

—¡Voluntario Javel!

—Néstor, presente.

—¡Veterano Maury!

—Armand, presente.

—¡Veterano Prevost!

—Teo, presente.

—¡Voluntario Renard!

—Henri, presente.

—¡Veterano Sablon!

—Jacques, presente.

El sargento Laroc, de sólida anatomía compacta, tenía un rostro triangular, de estrecha frente, ojos verde claro, delgados labios y salientes maxilares.

—Reposo —ordenó empezando a pasear por entre las dos filas de literas—. En este barco vamos los supuestos leones del Cuarto Batallón. Es preciso demostrar ahora que no somos gatos anémicos.

Se oyó un tenue maullido. Laroc examinó recelosamente los impasibles semblantes de los voluntarios franceses. Forzó una sonrisa:

—Los caballeros franceses quieren demostrar que son finamente irónicos. Aceptado. El botarate que maulló, pudo rugir, ¿no, voluntario Dartex?

El aludido, de rostro enjuto, huesudo y grandes ojos pardos, sonrió ácidamente.

—Rugir no está al alcance de cualquiera, mi sargento.

—¡Exacto! Bien, bien, bien... Me dirijo personal y particularmente a los voluntarios. Hasta ahora habéis realizado ejercicios en que teóricamente bombardeaban y ametrallaban. Los heridos y los muertos lo eran también teóricamente. Pero dentro de pocos instantes, la metralla, los heridos y los gloriosos fiambres ya no serán teóricos, sino audible plomo, visibles heridos y olfateables muertos. Este barco... ¿qué pasa, Dartex?

—Este barco debe también ser teórico, porque en la práctica es un bailarín infatigable.

—Mañana me reiré. En la playa «X» pronto será usted el bailarín. Confío plenamente en el cabo Dubois y en el primera Forban, que me responden de los hombres a su cargo. Yo respondo por todos. Nos van a desembarcar en un punto de la costa normanda, donde los alemanes empiezan a perder la moral, teóricamente. Cuántos menos alemanes queden delante de nosotros, antes descansaremos en merecido reposo. Estad atentos a aquella bombilla. Cuando se encienda, preparados para ocupar el lanchón de desembarco...

Y mirando hacia el estrecho portalón, aulló:

—¡Fir... mes!

Entraba el teniente al mando de la tercera sección. Cadete de la Academia Militar de Saint-Cyr, el teniente Raymond Abrial, de rostro delgado y ascético, caminaba muy envarado.

Poseía la máxima condecoración inglesa, premiando el Valor Individual Heroico, que había ganado como subteniente agregado, meses antes en el desierto norteafricano.

Avanzó por entre las dos cortas hileras de soldados petrificados, examinándoles con rápida y escrutadora mirada, con la misma hostilidad impersonal con que examinaba una posición enemiga.

Deteniéndose al terminar su inspección, habló con pausa firmeza:

—Efectuado al desembarco, cada pelotón se abrirá paso con plena autonomía de maniobra. La compañía «C» avanzará a marchas forzadas, en penetración constante, hasta alcanzar su objetivo final. Hallar un refugio provisional en el sector comprendido entre la ribera norteña del río Somme, el bosque de Villars y el castillo de Le Noyon.

Sus pupilas de un azul metálico parecían taladrar los semblantes de sus subordinados. Añadió:

—Habida cuenta de los obstáculos que se interpondrán en el avance, no se procederá a pasar lista hasta que hayan transcurrido sesenta y dos horas desde el desembarco del Cuarto Batallón. No presentarse sin motivo justificado, significará la

penalización que señala el Código Militar para el delito de abandono de servicio frente al enemigo.

Guy Dartex no pudo evitar que nuevamente surgiera en su pensamiento la comparación que le inspiraba el teniente Abrial: un autómatas, sin calor humano, carente de la facultad de sonreír.

Un ser que parecía incapaz de equivocarse, de tropezar, de sufrir... Y que, ahora con la misma sencillez espartana que pudiera ser empleada para citar en un café a unos empleados de confianza y a la hora del aperitivo, anunciaba:

—Se pasará lista el viernes día diez, a las siete de la mañana. La tercera sección a mi mando, efectuará su presentación en el citado día y a la hora mencionada, en el foso frontal del castillo de Le Noyon.

Y con su sempiterno aspecto inmutable, el teniente Abrial añadió:

—Tengo el profundo convencimiento, señores de, que cada uno de nosotros procurará superarse en el cumplimiento de nuestro honroso deber. En el día y hora en que nuevamente les pase revista, me enorgullecerá volver a saludarles.

Saludó rígidamente, y dando media vuelta abandonó el sollado, acompañado reglamentariamente hasta el portalón por el suboficial Laroc.

Regresando, el canadiense ordenó casi con tono afable:

—Reposo, muchachos. Oyeron al teniente. Comparto su opinión. Todos nosotros aspiramos a ser hombres de honor y en el lugar donde es más difícil demostrarlo: en el campo de batalla. Pueden encender un pitillo.

Guy Dartex acabó de equiparse. A su lado, el voluntario y soldado primera Roger Forban comentó:

—Ya estamos repletos de energía combativa. Resonó el clarín en la voz del teniente.

Abrial y redoblaron los tambores de la laringe del sargento Laroc. La consigna es sencilla: los que lleguen antes al castillo de Le Noyon, estarán cubiertos de honrosísimo sudor.

El jovial cinismo de Forban le era agradable a Guy Dartex. Podía permitírsele al que en su cazadora caqui, tenía prendido un pasador con las cintas multicolores demostrando su activa participación en las operaciones de desembarco en África del Norte y las batallas del desierto.

—Tú eres más entendido en materias belicosas, Roger. ¿La sección entera se zambullía en la playa «X»?

El primera Forban denegó con el fusil empuñado como una batuta.

—Aunque no lo pareciera, Guy, el discurso del teniente venía a ser como una delegación de mando absoluto al sargento Laroc. Nuestro pelotón avanzará con libertad de maniobra bajo el mando exclusivo de Laroc. Y con él, tenemos plena garantía de no ser copados.

Guy Dartex se relamió nerviosamente. Miraba la bombilla que, al encenderse, iniciaría la actividad de centenares de organismos atléticamente entrenados.

Solamente los organismos. No las imaginaciones...

Como si estuviera dotado de poderes telepáticos, Forban con su peculiar mueca de afectuosa burla, aconsejó:

—Inyecta el vacío en tu imaginación, soldado Dartex. Anula la funesta manía de pensar. Apenas distingas un uniforme verde-gris o un casco voluminoso, dispara, brinca, reptas, pega, hiere y mata... Prohibido meditar. Límitate a actuar.

Instantes después, los componentes de la tercera sección se alineaban en apretadas filas junto a la borda de babor de la lancha arriada al costado del buque.

Compartían la lancha de desembarco con la cuarta sección.

Tras la niebla, dominando los flecos espumosos del mar en su rompiente con las playas normandas, se alzaba la escarpada línea oscura de los acantilados al este y oeste de Dieppe.

Un simple trecho del Muro del Atlántico. Destacándose en la creciente lividez, preludiando el amanecer del martes 7 de mayo de 1944.

CAPÍTULO II

A las seis de la madrugada, el lanchón de desembarco se empotraba en la arena de una playa.

Varios pelotones estaban ya escalando la abrupta loma en cuya cima fortificada retumbaban estampidos que semejaban producidos por una incansable tormenta estruendosa.

Un intenso fuego de artillería naval había precedido la llegada de la infantería, abriendo grandes brechas en las alambradas y caballos de frisa de la playa.

En la cresta de la loma estallaban minas, obuses y granadas, alternando con los zumbidos de las raudas pasadas de aviones lanzados en oleadas celestes para proteger el desembarco.

Por un empinado sendero, corriendo tras Jacques Sablon, procuraba Dartex acortar su zancada. Estaba ensordecido, y pensó que llevar un rifle sin saber hacia dónde descargarlo, era otro absurdo más.

No divisaban un solo uniforme verdegris ni cascos voluminosos y plumizos. Solamente humareda, bloques de cemento volando por los aires, alambres retorcidos vibrando como cuerdas de violín...

Y de pronto se halló en lo alto de la loma. Hubiese deseado estar metido en uno de aquellos tanques que veía oscilar en su avance.

El sargento Laroc estaba a un extremo de la explanada y señalaba con su metralleta «Browning» hacia abajo, con repetidos ademanes invitadores.

«Como si allá abajo no esperaran para jugar al fútbol», meditó Dartex, tratando de no encoger el cuello a cada zumbido que oía silbando demasiado cerca.

Las andanadas de la artillería naval habían cesado y, desde diversas casamatas, los nidos de ametralladoras vomitaban sus mortíferas llamaradas.

Crispadas las mandíbulas, siguió Dartex corriendo tras Sablon, que ladera abajo, daba ahora saltos a un lado y otro. La humareda ensombrecía aún más aquel amanecer.

Pero ráfagas de aire salobre disipaban a instantes la neblina de acre olor a pólvora. Veía Dartex de pronto, cuerpos mutilados, pero no quería detallar, y sólo pensaba en llegar cuanto antes tras una pared, un árbol, algo sólido, y no estar atravesando una húmeda neblina negruzca poblada de silbidos agudos.

Restalló cercana una bomba de mano. Lanzó una granada hacia la silueta verdosa de casco plumizo que alzaba nuevamente la mano empuñando lo que semejaba un palo rematado por un bote de conserva.

Y se tumbó boca abajo, exhausto, dentro de lo que era una zanja y había sido poco antes una trinchera alemana.

A su lado, Roger Forban vociferaba:

—¡Cubierta completa!

Guy Dartex, sudando copiosamente, comprobó algo que se le antojó milagroso e inverosímil.

Su pelotón se alineaba casi intacto en aquella trinchera. Faltaba tan sólo el sargento Darius Laroc.

Dartex se alegró.

No le había gustado nunca aquel tipo de ojos venenosos y desdeñosa boca que parecía un corte de bisturí en la faz triangular.

Se arrepintió casi inmediatamente. Al fin y al cabo, Laroc podía tener mal genio, despreciar a los demás, pero era un ser humano...

Una docena de canadienses corrían hacia el riachuelo. Desde varios puntos de la colina al frente, partían constantes fogonazos. Y los canadienses iban encogiéndose, saltaban erguidos, se abatían...

Y en sus cuerpos se hincaba metralla rematadora...

Se sobresaltó al oír la voz de Laroc que estaba explicando al primera Forban:

—Ya basta como descanso. Hay un nido en aquella cresta, Forban. Nos toca limpiarlo. Yo iré con los hombres de la escuadra del cabo Dubois, que ha tenido mala suerte.

Dartex miró al cabo Dubois. Parecía tendido, reposando. Estaba muerto. Un simple orificio parduzco tras la oreja...

—Usted, Forban, con los restantes, ataque por el flanco izquierdo. Preparados, todos.

En el riachuelo, a cada lado del puente, se agitaban otros canadienses y varios F. F. L. Dijo Forban:

—Se precipitaron. Son de la segunda sección. La brecha que nos abrió la artillería facilitó el paso. Pero éstos se han jugado la piel demasiado pronto.

Ráfagas de ametralladoras en tiro cruzado, iban segando a los que pretendían remontar la otra ribera.

Una contracción espasmódica empezó a recorrer la garganta, el estómago y la espina dorsal del voluntario Guy Dartex.

Admiró a Darius Laroc que en pie corría acrobáticamente, terciada ante el pecho la metralleta, llevando al cuello la bolsa de granadas.

Corría ya por el puente, solo, entre salpicaduras de agua subiendo en penachos, y rebotes de plomo en reguero chispeante.

Estaba el sargento al final del puente, cuando entraba Alfred Colbert, corriendo agazapado. Llegaba cerca del final del puente, cuando se detuvo en seco, como si varias manos, a la vez, le hubieran contenido.

Agitó los brazos, mientras su casco volaba.

Lionel Delmas saltó por encima del cadáver de Alfred Colbert.

Gandin y Maury estaban ya arrastrándose sobre codos y rodillas, ladera arriba, tras Delmas y el sargento, cuando Dartex oyó la voz calmosa del primera Forban diciendo:

—Vamos, Javel. Galopa, hermano.

Y segundos después:

—Vamos, Prevost. Galopa, hermano. Apretando los dientes, pensó Dartex furioso:

«A mí no me puede ordenar que pase por aquel puente. Roger Forban es mi amigo. Aquel puente está ardiendo y va a explotar».

—Vamos, Renard. Galopa, hermano.

Dartex, pese a la humedad del naciente día, sintió el sudor empapando la culata y el cañón de su fusil. Protestó mentalmente: «Yo no me muevo de esta zanja. Ir allá es suicidarse. Yo todavía no he cumplido los veintitrés años. Roger ha vivido más... Tiene ya treinta... No le importa morir... Pero a mí...».

—Vamos, Sablon. Galopa, hermano.

En el puente, varios morterazos habían prendido fuego, y una llamarada repentina convertía en pavesa humana el cuerpo tendido de Teo Prevost.

«No soy ningún faquir —meditó Dartex—, y es imposible atravesar las llamas bajo aquella granizada de plomo...».

—Vamos, Guy. Galopa, Guy.

Guy Dartex no se movió. Varios proyectiles de mortero estallaron ruidosamente en mitad del puente rústico.

Guy Dartex encajó en el casco un culatazo.

—¡Vamos, Dartex! —vociferaba Forban, en pie—. ¡Los dos juntos llegaremos a Montmartre!

¡Vamos, amigo!

Guy Dartex se distendió, y abalanzándose, corrió frenéticamente en línea recta, codo a codo con Forban, al que pronto dejó atrás.

Como un claveteo de rojos remaches, balas de ametralladora fueron levantando astillas ante Dartex.

Sin dejar de correr en línea recta; se preguntó si aquel puente era interminable, o si de pronto iba a zambullirse en el agua. Que debía estar helada, pensó incoherentemente.

Instantes después se tendía de bruces, resollando sobre la hierba chamuscada, oyendo una voz que decía:

—¡Preparados!

Y a su lado, manifestaba Roger Forban:

—Formidable, Guy. Llegaremos al «Moulin Rouge» si sigues galopando con tanta valentía. Te has portado estupendamente. Segaste por la mitad a los dos del mortero.

¿Que él había segado por la mitad...? Recordaba vagamente haber disparado hacia dos bultos que tanto podían ser árboles, matorrales o espantapájaros...

Los había diseminados por un prado con margaritas amarillas.

Junto a él, Forban y Sablon se incorporaban de pronto y lanzaban una granada. Y

Dartex se volvía a tumbar cuando ellos lo hacían.

—Magnífico, Guy. Ahora sólo queda lo más fácil. Sígueme.

En efecto, parecía fácil. Se trataba de correr, disparando cuando aparecía un uniforme verdegris.

No distinguió netamente un solo alemán, hasta que tras irnos minutos de feroz confusión, vio a un compañero suyo abrazado a un teutón. Muerto uno y otro, desangrándose en revoltijo fraternal.

Y oyó ladrar al sargento Laroc:

—Estupendo, muchachos. ¡En formación y paso de marcha! ¡Adelante!

O sea que todo salía estupendo, magnífico y formidable, pensó Dartex. Iba caminando como los demás, escrutando, dirigiendo las bocas de sus armas hacia oscilantes masas vegetales.

Nunca había estado por el litoral normando del departamento señalado en el mapa como Sena Marítimo. Nunca pudo imaginarse que fuera tan boscoso, tan poco habitado por kilómetro cuadrado.

Los edificios, algunos en ruinas, se espaciaban mucho.

Y empezó a lloviznar mansamente. Una hora después estornudaba repetidamente el soldado voluntario Dartex.

Y Laroc, apareciendo de pronto, gruñó enojado:

—¡Metedle una culata en la nariz a ese del moquillo! Tapándose las fosas nasales con el antebrazo, refunfuñó Dartex:

—Lo que me faltaba... El moquillo.

* * *

Al segundo día de marcha, Guy Dartex, que había bebido agua constantemente, se sentía vaporoso como cuando, con ocasión de su cumpleaños, consumía un frasco entero de champaña.

Avanzaba por rutina. Caminaba como si ya fuera imposible detener a sus piernas. Como si en vez de senderos fangosos, laderas encharcadas y campos de hortalizas, pisase un tobogán encerado.

Ya sabía estornudar sin ruido. Y había asimilado que la diferencia entre él y un alemán, estribaba en el color del casco y en los retazos de verdegris asomando bajo capas de barro reseco.

Y la diferencia radicaba, sobre todo, en que el alemán era una diana viviente, cuyas botas altas y casco redondo, permitían localizarlo prontamente.

Y ya sabía dormir diez minutos cada tres horas, sentado contra la espalda de otro, generalmente el plácido y robusto Néstor Javel.

Lo que se estaba ventilando a base de quemar mucha pólvora y masticar raciones en frío y pastillas vitaminadas, era seguir siempre en línea recta hacia el este. Dejando atrás crestas, nidos, lomas, casas reventadas, charcos pantanosos, arroyos

sucios, y praderas. Y algún que otro compañero.

Ahora avanzaban muy separados orientándose por la silueta de Darius Laroc, que aparecía de pronto, cuando Dartex abrigaba la ilusión de haberlo perdido definitivamente de vista.

Roger Forban chupaba su pipa. Una pipa apagada. Iba a ser cabo, según le había prometido Laroc, ya que Jules Dubois «se había quedado atrás».

También se habían «quedado atrás», por orden alfabético, Colbert, Alfred; Gandin, Jean; Maury, Armand, y Prevost, Teo.

Pero los que estaban andando, iban hacia una granja, cuya situación en el plano había señalado Laroc, como punto de reunión con la sección cuarta, que les flanqueaba invisiblemente por el sur.

Juntos irían al bosque de Villars, donde debían concentrarse todos los supervivientes de la compañía «C».

Guy Dartex se remojó los labios ansiosamente, antes de bostezar con avidez.

Veía un establo bienoliente, una vaca lustrosa y él estaba tendido entre montañas de paja, bebiendo leche tibia y espumosa recién ordeñada por el plácido Néstor Javel.

Plácido hablando, porque en los momentos de atacar o defenderse era una verdadera bestia sañuda.

Dos horas después llegaban a la granja. Un caserón de piedras grises perdido entre pastos. Casi oculto entre las dos clásicas hileras de álamos, barrera natural contra los vientos normandos.

Un sargento vino a comunicar a Laroc:

—Me parece que el teniente Abrial «se quedó atrás». Bajo un tanque que él mismo incendió, antes de que el tanque, explotando, cayese de lado, aplastándole.

—¿Dónde anda tu pelotón? —quiso saber Laroc.

—De escucha. Cien metros al norte de la granja.

—¿Y el otro pelotón?

—Acampa en el establo y en la planta baja.

—De tu sección, ¿cuántos sois en total, Buisson? —inquirió Laroc.

—Ocho conmigo.

Laroc hizo una mueca de fastidio. Como un hombre al que le estafan en la vuelta del cambio, se dijo Dartex.

—Acamparé arriba, Buisson. ¡Forban! Distribuya mi gente por el piso alto.

El sargento Buisson, comandante accidental de la cuarta sección, por las bajas del oficial y el otro sargento, comentó:

—Hay indicios de una compañía de fusileros de la Wehrmacht hacia el este, por la ribera del Somme.

Cogió Laroc sus gemelos, y tras unos instantes observando la lejana línea del río, manifestó:

—Cuando anochezca reemprenderemos la marcha, Buisson.

—Escucha, Darius... Llevamos un buen adelanto sobre el horario. Estamos

reventados de sueño.

Tengo los pies llagados, Darius.

—Camina sobre las manos y no te dolerán los pies. Voy a lavarme un poco.

En la alcoba aldeana donde Forban y Sablon se sentaban de espaldas a las dos ventanas, Guy Dartex miró cariñosamente la gran cama, sobre la cual había un crucifijo.

Sentía deseos de hundirse bajo las sábanas y recostar los riñones sobre algo más blando que la espalda de Néstor Javel, los matorrales o un tronco de árbol rezumando agua.

Palpaba ya las almohadas, mirando sobre la mesita de noche la Torre Eiffel en miniatura de aluminio, cuando estallaron súbitamente disparos.

Darius Laroc entró en tromba, anunciando:

—Se han cargado al pelotón de escucha. Pero sólo son tres escuadras de fusileros. Usted, Dartex, a la ventana con Sablon. Y nada de desperdiciar plomo. Sólo al centro del cinto que es el único blanco decente.

Con pena apartó Dartex los ojos de la enorme cama fascinante. «No hay modo de poder dormir tranquilo», pensó encolerizado.

Darius Laroc, desde la ventana, disparaba en abanico hacia abajo. Con la culata de la metralleta «Browning» apoyada en la cadera.

Fríamente, como un «gángster» aburrido.

Corrió Dartex junto a Sablon, arrodillado. En la habitación contigua, Delmas, Javel y Renard habían abierto fuego.

Jacques Sablon disparaba hacia las siluetas terrosas que, a una velocidad ejercitada, corrían hacia el paredón de piedras grises.

«No deberían acudir todos juntos —meditó Dartex—. Hacen más difícil alinear el punto de mira con el centro del cinto».

Fue apretando el gatillo, como lo hacían Forban y Sablon. Espaciadamente, reteniendo el aliento a cada balazo que brotaba.

«Cazadores al acecho, cazadores sitiados, cazadores reventados de sueño», definió mentalmente Dartex, mientras la madera del marco de la ventana saltaba a trocitos y su casco repiqueteaba.

—¡Vamos, vamos! —aulló Laroc, renovando el cargador de su metralleta humeante—. ¡No os acurruquéis, banda de lirones!

Estalló una granada, y vio Dartex cómo las siluetas terrosas corrían ahora en sentido contrario al paredón.

Roger Forban tiró de la anilla de otra bomba de mano alemana. Comentó burlonamente:

—Siempre es bueno proveerse del material de comprobada eficacia. Pesaban lo suyo, pero no hay mal que por bien no venga.

La arrojó a lo lejos. Volviendo a agazaparse.

—¡No les dejéis aproximarse o nos dinamitarán! —bramó Laroc.

Dartex disparó contra dos cintos. Vio como los dos uniformados morían de distinto modo.

Uno como si saludase profundamente. El otro, inmovilizándose al ir a lanzar su granada, se convirtió en proyectil humano, desmenuzado.

—Reposo, muchachos —dijo Laroc—. Sablon, quedas de centinela. Y alzando la voz gritó hacia la contigua:

—¡Uno de los tres, queda de turno! ¡Ojeando por la ventana!

Roger Forban estaba ya indolentemente echado sobre la cama, encendiendo con voluptuosa lentitud su pipa.

A su lado se tendió Dartex. Oía en el pasillo al sargento Buisson que le decía a Laroc:

—Tanques a una milla, Darius. Anocheciendo, intentaré salir con los míos. ¿De acuerdo?

—Conformes... Cada uno para sí, hacia el bosque de Villars. Ojo, porque los Fritz son testarudos y van a volver...

Guy Dartex no oyó más, porque se durmió profundamente. Despertó sacudido por los hombros. Roger Forban explicaba:

—Vamos a intentar un cambio de alojamiento hacia una cama más tranquilo. Iremos Renard, Sablon, tú y yo. ¿Enterado, Guy?

—Qué remedio me queda...

Como un sonámbulo llegó hasta un espacio abierto en la planta baja por una granada.

Le acabó de despertar el frescor de la noche. Entre cuerpos inmóviles, retorcidos, chamuscados, vio avanzar reptando a Roger Forban, imitado por Renard y Sablon.

Guy Dartex fue progresando lentamente, parándose como los otros, cada tres o cuatro metros. Pese al frescor, Dartex sintióse bañado en sudores. No cabía duda. Lo estaba susurrando Renard:

—Estamos copados. Nos han copado.

CAPÍTULO III

Guy Dartex siguió arrastrándose sobre los codos y rodillas. Contemplaba un seto y las suelas de las botas de Sablon.

Tras el seto, junto a un camino, los cuatro formaron grupo, sentándose. Repitió Henri Renard:

—Estamos copados. Desde un principio lo sabía... Lo sabía...

—Nada de histerias, Henri —atajó Forban incisivamente—. Nadie está copado mientras no se arrugue.

Se oían lejanos ronquidos y tiroteos esporádicos.

—Tanques —silabeó Renard.

—Eso es. Tanques, Henri. Tortugas pesadas que no pueden hacerles nada a infantes ágiles. Desde un principio, todos sabíamos que penetrar por las líneas alemanas, atraería a alemanes. Bastará perderlos de vista.

—¿Cómo? ¿Estilo avestruz? ¿Hundiendo la cabeza en un charco?

—Bastará llegar cuanto antes al bosque de Villars, al otro lado del río.

—Yo me quedo donde estoy —anunció Henri Renard. Un parisiense de rostro afilado y ademanes nerviosos.

—No puedes quedarte aquí Henri —sonrió Forban afectuosamente.

—¿No? A ver quién es el guapo que me lo impide. ¿Tú, Forban?

—A mí me sobra trabajo con los de enfrente, sin meterme a discutir con mis compañeros, Henri. Hasta la saturación nos repitieron que, para salir vivos de esta operación, teníamos que poner la máxima distancia posible entre nosotros y las tres líneas defensivas. Nos queda solamente el río. Hemos de seguir adelante, Henri.

Admiró Dartex al Primera Forban. Nunca perdía la serenidad. Hablaba sin alzar la voz, burlonamente. Y sin embargo, curiosamente, emanaba de él una extraña autoridad.

¿Por qué era mayor que los otros? ¿Por qué había cumplido los treinta? No. Era una cualidad especial, como si antes de ingresar en las F. F. L., hubiera ocupado algún cargo donde la autoridad era condición esencial...

Henri Renard, dominándose, habló casi en tono suplicante:

—Seguiré adelante cuando haya dormido media hora... Tan sólo media hora, Forban.

—¿Dormir como aquél?

Y en pie señaló Forban hacia un corpachón revestido con el uniforme caqui y el emblema canadiense. Reclinado contra un tronco.

—Es Lionel Delmas —identificó, asombrado, Dartex.

El escaso fulgor lunar entre dos nubes permitió una mejor visibilidad.

—¡Lo han clavado en el árbol de un bayonetazo! —exclamó Sablon.

—No va a quedar ni uno de nosotros —murmuró Renard roncamente, inyectados

los ojos en sangre de fatiga y sueño—. Estamos copados. Copados...

Y calmándose de pronto, rogó:

—Largaos... Dejadme dormir.

—Tienes dos minutos más para decidirte, Henri.

—¿Y qué pasará si me tumbo a dormir? ¿Me ejecutarás sumariamente?

—No, hombre... Tengo que ahorrar la munición. Piensa solamente que por aquí un soldado dormido, es un tordo frito.

—Yo no soy un héroe valiente como tú, Forban. Y me creas o no, ya se me pasó el miedo. Un hombre no puede resistir treinta y cinco horas seguidas de tensión nerviosa.

—Unas pocas horas más y descansarás a fondo. ¿Sí o no, Renard?

—¡Me quedo!

—Vámonos nosotros —ordenó Forban.

Jacques Sablon atravesó el camino corriendo tras Forban.

Guy Dartex, inclinándose sobre el que se recostaba para dormir, manifestó:

—Forban tiene razón, Renard. Unas horas más y dormiremos hasta saciamos. Aquí eres un tordillo frito.

—Que te frían lejos de aquí, da lo mismo, Guy... Yo no estoy hecho de madera, sino de carne tierna y mimosa. Quiero dormir, dormir...

—¡Los tanques, Renard! ¡Míralos! Se acercan por el sur... Vienen hacia aquí —mintió Dartex con gran sinceridad emotiva.

Henri Renard se levantó como dotado de resortes, emprendiendo la carrera con Dartex, en pos de Forban y Sablon.

El río tenía varios remansos, surcados por tablones sobre barriles. A uno y otro lado, entre la espesura, un tanque vigilaba.

Señaló Forban con el fusil hacia un puente medio derruido. Bajando la voz recomendó:

—Por allí, paso seguro. Saben que ningún soldado en su sano juicio empleará aquel camino, sino estos tablones... Voy primero para que comprobéis que es el camino infalible y seguro.

—Déjame probar a mí. El primero tiene más probabilidades —dijo Renard—. Y quiero llegar cuanto antes a un sitio donde se puede dormir.

Le vieron deslizarse por el talud ribereño. Y atravesar el puente como un paseante fatigado.

Hasta desaparecer al otro extremo, entre la arboleda.

—Os lo dije. Paso tranquilo... —afirmó Forban—. Pero no tanto como Renard... Era como si quisiera suicidarse, caray. ¿Tú, Sablon?

—Prefiero ser el último.

—Vamos, Dartex. Y localiza pronto a Renard antes que sus ronquidos alarmen a la vecindad.

Guy Dartex maldijo entre dientes el ruido de la madera del puente que parecía

crujir estrepitosamente. Siguió avanzando sobre codos y rodillas. Adherido al lado casi intacto del puente.

Cuando penetró en la tupida arboleda, experimentó la sensación de hallarse perdido, extraviado.

El susurro de la hierba le hizo volverse encañonando con la culata apoyada en la cadera.

Henri Renard pestañeaba soñoliento. A su lado, el sargento Laroc decía:

—En línea recta, Dartex, encontraréis a Javel.

Acudía Roger Forban. Y restalló un crepitar elocuente.

Jacques Sablon que había elegido pasar el último, manoteó en el centro del puente antes de caerse al agua, taladrado verticalmente por una ráfaga lateral de un fusil ametrallador.

El fusil ametrallador y su dueño volaron entre la nube de vegetación y tierra, levantada por la explosión de la granada que acababa de lanzar Laroc.

—Paso ligero —ordenó el sargento.

Era como avanzar por el bosque de Fontainebleau, meditó Dartex. Con una leve diferencia: En ambos bosques, se tenía la sensación de total aislamiento, aun se presintiese que rondaban otros caminantes nocturnos.

Tan sigilosos como ellos. Y volvía a hacerse evidente que en determinadas situaciones, imperaba la cruda ley de la jungla.

Matar para poder vivir.

Le pareció que había transcurrido mucho tiempo, cuando Laroc, surgiendo de improviso, gruñó:

—Nos hemos merecido un leve descanso.

Una hilera de compactos árboles formaba como un parapeto natural en el lindero del bosque. Se divisaba una explanada de pastos cercados y una lejana granja.

Todo el paisaje envuelto en una oscuridad amenazadora...

Adosados a los troncos, se alineaban los supervivientes del pelotón. Y el sargento Laroc pasó lista.

En voz baja, deteniéndose delante de cada uno.

—¡Primera Forban!

—Roger, presente.

—Dartex.

—Guy.

—Javel.

—Néstor.

—Renard.

—Yo... quisiera dormir de una vez por todas... mi sargento.

Y Henri Renard, dejándose resbalar, se tumbó de costado. Apenas su cara reposó de perfil sobre el césped, un sonoro ronquido, como un estertor de agonizante, brotó de sus pulmones.

—Javel, dos horas de escucha. Despertarás a Dartex. A las dos, despiertas al Primera Forban. Y tú, me avisas a las cuatro en punto.

Guy Dartex, sentado contra la lisa corteza, reclinó la barbilla en el pecho. Tumbado boca abajo a su lado, Néstor Javel, de redondo rostro colorado, y lenta parla, comentó:

—Aquí está la madre naturaleza que te invita y te ama. Húndete en su seno que siempre es acogedor.

Tartajoso, Dartex aprobó:

—Eres un poeta, Néstor. Pero yo creía que los poetas eran alfeñiques. Tú eres fuerte como un buey.

—Los campesinos tenemos el cuerpo avezado al cansancio. Y no soy poeta. Llevo siempre encima mi almanaque agrícola. Con hojitas preciosas a colores pintadas por mutilados, con la boca a los pies. Cada hojita tiene un pensamiento bonito. El que cité pertenece al día de hoy, y es la Lamartine.

—¿Conoces esta comarca, Néstor?

—Soy normando, pero una vez cruzamos el Somme, hemos entrado en tierra picarda.

Duerme, chaval. Soy yo el que está de escucha. Y no me hagas casi si susurro a solas. Es para hacerme compañía.

Miró Dartex su reloj. Marcaba las nueve y cuarenta. Cuando despertó sacudido por el hombro, miró extrañado la manta que le envolvía.

Néstor Javel a su lado, sentado sobre sus tacones, sonrió.

—El sargento y yo hicimos una incursión hasta la granja. Requisamos del establo varias tapaderas de ganado. Huelen a gloria. A heno, a queso y a mantequilla.

—Ey... Son las dos menos cuarto, Néstor.

—Eso es. Nacerá un nuevo día.

—Tenías que despertarme a la medianoche, hombre.

Eres de ciudad, tú. Necesitas más el sueño. Dentro de quince minutos despiertas a Forban.

—Te aprecio, Néstor —sonrió el parisiense—. Contigo siento ganas de creer en la amistad.

—Tu amigo es Roger Forban. Y hazme caso, chaval. No entregues tu amistad, hasta después de terminada la guerra. Cogerle cariño a un compañero, duele... Duele mucho...

Y poniéndose en pie, Néstor Javel hizo una extraña pirueta.

Saltó a un lado, con cara de éxtasis. Llevándose la diestra crispada al corazón. Y dijo tras unos instantes de inmovilización:

—Así murió mi mejor amigo... Estaba riendo conmigo bajo una palmera de un oasis de Libia. Se llevó la mano al corazón, puso cara de felicidad, al dar un saltito, y me quedó entre los brazos, muerto. Desde entonces, soy amigo de todos y de nadie. Duele mucho cogerle cariño al que puede morir cada amanecer.

Y antes de tenderse a dormir, repitió el campesino su saltito. Lo que hubiera parecido grotesco en cualquier sitio civilizado le produjo a Guy Dartex una súbita contracción en la garganta.

Paseó unos instantes, oyendo el coro de suspiros, gemidos y bramidos de los cuatro durmientes.

Cinco hombres en total. Cada uno con sus defectos y cualidades...

Y cualquiera de ellos con un porvenir incierto: morir cada amanecer.

Debía ser por esto que todo adquiriría de pronto un sabor delicioso. La brizna de hierba mordisqueada, sabía a manjar del Olimpo. El aire húmedo con efluvios de pastos mojados, era un perfume sutil. Todo adquiriría un valor excepcional porque significaba seguir viviendo.

Hasta se descubrían delicadezas insospechadas. Un bruto como Laroc, sin comentarios, libraba a Henri Renard de su turno de escucha, para que pudiera dormir horas y horas seguidas.

Apoyando la culata en el suelo, asió con firmeza el cañón. Le contagiaba sueño aquella serenata de pulmones fatigados. No podía dormirse.

Había decidido sacrificarse como Néstor. Le haría el turno a Roger. Despertándole a las cuatro menos cuarto.

Cabeceó soñoliento... Emplearía el sistema del campesino Néstor: hacerse compañía. Susurrarse reflexiones para no dejarse vencer por el cansancio.

—La geografía es una ciencia fría y casi desconocida. Creyendo estar en Normandía, resulta que pasado el Somme, estamos en la región picarda. Donde tiene su castillito Amanda de Bremond... Bello nombre... Bella hembra... Ojalá estuvieras aquí cerquita, Amanda...

Las facciones angulosas del joven Dartex adquirieron una expresión salvaje. Quiso ironizar:

—Estamos en guerra, Amanda... Una bala perdida, ¿sabes? No, sería una muerte demasiado misericordiosa para ti... Lo ideal sería poder darte una muerte lenta, lentísima... Administrarte esta fórmula con la cual definió Néstor, el destino de cada hombre hoy en día... Morir cada amanecer... Poder producirte una angustia constante, que solamente podría disipar el amanecer convirtiéndose en nueva jornada...

Respingó insertando el índice en el gatillo, cuando una mano aprisionó su hombro. La voz afectuosamente burlona de Roger Forban especificó:

—De ser yo un nativo de Prusia, estabas copado, Guy. Si te pones a hablar contigo mismo, caben dos posibilidades: camisa de fuerza a la vista, o eres un portento de inteligencia.

Algo confuso, murmuró Dartex:

—Charlaba conmigo mismo para no dormirme.

—Cierto misógino que se consideraba un ser superior, solamente conversaba consigo mismo, porque decía que únicamente podía charlar con alguien digno de su

altura intelectual. Son las dos y diez. Me has obsequiado con diez minutos. Y hablando de todo un poco, aunque sea tema de escasa importancia: ¿atisbaste algún teutón?

—Todo es quietud, silencio y ambiente de Robinson. Somos cinco robinsones, Roger...

—Exacto, exacto... Vete despertando a los otros tres robinsones, ¿calieres? Lamento desengañarte.

Y con el fusil, señaló el Primera Forban hacia la granja.

Los ojos acostumbrados a la oscuridad podían percibir las siluetas distribuidas con precisión en torno al caserón y anexos. Uniformes verdegris. Casco voluminoso y plomizo.

Cuatro tiradores quedaron arrodillados tras cuatro troncos. Y el sargento Laroc, tendido en el suelo, fue dictando la consigna, deteniéndose junto a cada tirador:

—Batirse en retirada sería caer en el cepo. Nos coparían. Esta patrulla de exploración, puede pasar cerca, lejos o venir encima nuestro... No disparas ni un salivazo, mientras no oigas mi ocarina.

Para que no hubiera error, Laroc daba una palmada suave sobre la culata de su metralleta.

Guy Dartex fue contando. Dieciséis fusileros alemanes. Que ya inspeccionada la granja, acudían en formación de descubierta.

Un ángulo perfecto. El vértice un sargento prusiano. Por su rigidez tenía que ser prusiano... Un lado formado por ocho robots de destrucción. El otro, una diagonal de siete veteranos robots.

Aquel avance cauteloso tenía algo de cuña dispuesta a hincarse y despedazar troncos...

El sargento prusiano alzaba la zurda. Como un batidor que advierte la proximidad de la pieza acurrucada en su cubil.

Sus subordinados, deteniéndose, se petrificaron como máquinas bien engrasadas. Abrazando el tercio inferior del fusil.

El sargento alemán giraba lentamente la cabeza.

Pensó Dartex en un jefe apache guiándose por el instinto, orientándose infalible... Le asombró el error increíble. Con gran alivio.

La patrulla dirigía su cuña angular hacia el oeste, avanzando hacia el objetivo señalado por la metralleta alemana.

Unos setos distando casi un kilómetro de los cuatro árboles.

Y uno de los setos resplandeció en súbito color anaranjado, vomitando una descarga. Un cargador entero de fusil «Lebel»...

Cuerpo a tierra la patrulla progresó. Uno se destacó más, y desde su posición tendida, osciló hacia atrás el brazo.

Arrojó lo que parecía una piedra. La pequeña granada «Skoda»... El seto se convirtió en un flamígero penacho despidiendo humareda, vegetación, tierra y

pedazos de algo indefinible...

La patrulla, en pie, siguió en su avance hacia los setos.

El sargento Laroc tocó en el hombro a Dartex. Señalándole a la derecha, donde en fila, caminaban alejándose del enemigo, los voluntarios del F. F. L., Néstor Javel y Henri Renard.

CAPÍTULO IV

Cinco horas seguidas de marcha a través de un bosque interminable. Cuatro hombres abrevando como animales boca abajo en el borde del arroyo. Un cielo que, de enlutado, iba convirtiéndose en sucio gris con nubes alargadas enrojeciendo.

—Daría un brazo por una taza de café —afirmó Henri Renard.

Crispadas las facciones, Guy Dartex no pudo dominar cierta vibración colérica en su voz:

—¿El Primera Forban «se quedó atrás», sargento?

Darius Laroc, secándose la boca con el dorso de su zurda, contempló aviesamente al joven francés.

Sus verdes pupilas se adensaron malignas.

—Javel... Explora hasta aquella cerca. Te quedas en el extremo donde se retuerce la higuera muerta. Renard... Explora con lentitud hasta llegar al otro extremo de la cerca. Donde hay dos troncos a modo de puerta.

Los dos aludidos se alejaron desapareciendo en la espesura. Guy Dartex repitió incisivamente:

—¿Se quedó atrás Roger Forban?

—Teniendo en cuenta la atenuante de merma física producida por dos jornadas, con sus noches, de marcha forzada, pasaré por alto su infracción, Dartex. Ningún subordinado interroga a un superior sin ser invitado a ello.

—Invíteme, por favor.

—La luz homicida que alienta en sus ojos, Dartex, destínela a los que puedan presentarse al frente suyo.

—Usted... sacrificó a Roger Forban... Usted vio que se nos echaban encima los de la patrulla... Le ordenó a Roger que efectuase la maniobra que con ridículo calificativo se llama «de diversión»... Roger disparó para atraer... Roger agitó levemente su seto para atraer a los que iban a matarle... para que nosotros pudiéramos seguir huyendo como liebres...

—¡Silencio! Roza usted la histeria, joven Dartex.

—Histeria o no... ¿Por qué envió a la muerte a mi amigo?

—Esta afirmación gratuita, me la repetirá por escrito, cuando nos reunamos con cualquier oficial del Cuarto batallón. Ahora, cállese, y sígame.

—Tengamos el valor de nuestros actos, Laroc. Enviar a Roger Forban a aquellos setos era condenarle a morir sin remedio... ¿Por qué no fue usted...?

Darius Laroc, que vuelto de espaldas iniciaba la marcha hacia la cerca visible en la ladera de la loma, se revolvió con una prodigiosa rapidez.

Como un tigre picado por un tábano, pensó Dartex. Encañonando su metralleta. Fulgurantes las pupilas felinas.

—¡Condenado niñato estúpido! Por menos de lo que acabas de decir he ejecutado

sumariamente a otro maldito imbécil que perdió los estribos. ¿Crees acaso que ser sobrino del coronel jefe de la Brigada te concede el privilegio de ofender?

Guy Dartex terciado el fusil, calculó mentalmente:

«Si mete el puerco dedo en el gatillo, lo relleno de plomo, maldita sea su estampa...». Dijo:

—Éramos cinco que juntos podíamos acabar con la patrulla. Pero no, usted prefirió enviar a Roger a una muerte segura.

—Tras la granja habla una sección de refuerzo. Hubiesen acudido, de entablarse un tiroteo general... No te debo ninguna explicación. Pero yo soy un canadiense, si bien cristiano, refractario a la mansedumbre. Cuando me atizan en una mejilla, no presento la otra. Tan pronto lleguemos ante cualquier oficial, daré parte por escrito. ¿Sabes cómo se llama lo que acabas de hacer?

—Militarmente, debe llamarse «insubordinación». Humanamente, yo, Guy Dartex, le acuso de disponer con excesiva facilidad de la vida de un hombre que valía cien veces más que usted.

—Mal amanecer se te presentará mañana, soldado. Andando, ahora.

Girando sobre los tacones, Darius Laroc echó a andar. Sudaba copiosamente. Sentía un odio progresivo hacia el sobrino del coronel jefe de la Brigada 153.

Tras él, Guy Dartex trataba de vencer su tentación. Deseaba gritarle al que le precedía: «¡Presumes de pastor llevando una manada, Laroc! ¡Pero cuando vienen los lobos feroces, mandas al toro al degüello!».

Se detuvo Laroc, reclinando un hombro contra un árbol. En la penumbra sus rasgos se cincelaban en duros resaltes cobrizos. Mucha sangre y generosa, solía decir, era la que les sobraba a los canadienses nativos como él de Riberval, junto al Saint-Laurent.

Y la sangre se le agolpaba en la cabeza, a juzgar por la acentuada coloración de su cara. Habló con excesiva parsimonia:

—Deseo que recapacite, Dartex. Es posible que no se llegue a dar cuenta exacta de lo que ha sugerido. Insinuó cobardía por mi parte.

—¡No, señor! Seré corto de edad, pero no de entendimiento. He dicho, repito, sostengo y reafirmo que usted pudo elegir a uno de nosotros cuatro, o ir usted mismo al degolladero del seto.

¿Por qué mandó precisamente a Forban?

—Usted hace la pregunta. Deme la respuesta.

—Es posible que en acción de guerra, sea necesario a veces sacrificar a uno o muchos... Pero con fría decisión, se elige en todo caso por sorteo o en razón inversa a los méritos. Forban era un soldado sin igual. Todos le seguíamos con entusiasmo. Y ha muerto... Pudo usted elegir a Renard, a Néstor Javel, a mí mismo... No valíamos como soldados ni la décima parte que Forban.

—Por eso precisamente elegí a Forban. Conocía perfectamente la maniobra a realizar, y era el único que podía intentarla, salvando además la piel. Yo, como

responsable de este pelotón, tengo el deber de presentarlo a mi oficial o al superior que corresponda.

—Agradezco se digne explicarme sus motivos, pero persisto en considerar injusta la muerte de Forban.

—Mañana responderá de cuanto ha manifestado, Dartex. Le di ocasión, sin testigos, de retractarse. Forban era para usted un amigo... ¡Para mí era un soldado como cualquier otro! Nunca nadie se permitió tildarme de injusto ni sospechar en cualquier decisión mía el menor cálculo personal. Ignoro cuál es el sentido del honor de un francés, Dartex. Pero en mi país, hay ofensas que no se perdonan jamás. Ahora, vaya a ocupar posición de parapeto junto a Javel.

Desde la cerca encuadrando pastos, el naciente día silueteaba un paisaje llano extendiéndose a cada lado de la pequeña loma. Manchas de arboleda alternando con bancales de cultivo forrajero.

En el centro de la llanura al este, dos largos muros blancos dejaban entre sí un camino conduciendo a un conjunto de clásicas «chaumes».

Las casas de techos picudos recubiertos de largo bálago. Darius Laroc, doblando el mapa, lo empleó a modo de puntero:

—Aquella aldea es Doublens. Nos hemos desviado. Es preciso bajar hacia el sur. Internarnos nuevamente por el bosque hasta llegar al estanque de Le Noyon. Aproximadamente, nuestro punto de orientación es aquella colina.

Henri Renard había llegado arrastrando los pies. Se mantenía derecho porque encajaba el sobaco en el palo superior de la cerca.

—Pido permiso para dar mi opinión, sargento.

—Nadie te la pidió. Lo que vas a decirme, es música conocida, muchacho. Estás reventado, quieres dormir, quieres comer algo sólido. Los otros también. Javel... ¿Cuánto tiempo calculas para llegar anochecido a la colina aquélla?

El campesino normando entornó los párpados, examinó el cielo nublado y gris, donde a trechos había manchas rosáceas, señalando que un sol muy pálido pugnaba por asomarse.

—Un lagarto tardaría sobre unas diez horas. Pero caminando de pie, nos ahorraremos mucho camino, mi sargento.

La sonrisa de Darius Laroc inspiraba la repentina sensación de contemplar a un gato robusto, mostrando los agudos caninos para refocilarse ante un ratoncillo indefenso.

—Javel, tu cazurrería me llega al alma. Si no entiendo mal, hoy todo el mundo me quiere enseñar mi oficio. Me consta sobradamente que hay diversas alturas desde las cuales unos prismáticos «Zeiss-Ikon», captarían la imagen ampliada de cuatro caminantes ajenos a la comarca, Y como no somos lagartos... te acepto consejos, Javel.

—Mujer maquillada y cielo pintado, no duran largo tiempo. El sol acabará por imponerse. Si yo tuviera que ir a la colina, me pondría ahora en marcha hasta donde

los encinares terminan. Me echaría a sestear, y anocheciendo, reanudaría camino, contando con llegar a las proximidades de la colina, hacia las tres o cuatro de la madrugada.

—Gracias, Javel... No sé qué sería de mí, sin tu sensata ciencia de las distancias. Todos pueden ver el penacho amarillo. Allí nos reuniremos. ¿De acuerdo, Javel?

Con la metralleta señaló Laroc hacia una mancha cuadrada sobresaliendo entre árboles.

—Apaga incendios —aclaró Javel—. Una plataforma con techo pajizo, donde en tiempos de paz, alternan guardias forestales, para vigilar cualquier punto rojo que pueda significar incendio.

—¡Cáscaras! —imprecó Laroc—. Entonces, allí puede camuflarse un observador enemigo.

Habla, Javel...

Y había cierta impaciencia en el tono del canadiense.

—La Naturaleza nunca nos engaña. Siempre somos nosotros los que nos engañamos, mi sargento.

No hay nadie en la plataforma cubierta.

—Javel, por favor... Tengo fe en tu ciencia campesina, pero a casi cinco kilómetros de distancia, ni tú ni un lince, pueden saber si hay o no gente en la torreta aquélla.

—Los mirlos sí que lo saben, mi sargento. Vuelan en picado cuando traen la comida a la prole. Varios se han abatido sobre la plataforma. No dejarían sus pequeñuelos donde hubiera seres humanos.

Plácidamente, se hurgó Javel un diente amarillento con la larga uña del meñique. Resoplando, bufó Laroc:

—Néstor, tus antepasados debieron ser guías por los bosques de mi Saint-Laurent. Te propondré como cabo batidor. En marcha. Conmigo, Renard. Dentro de cinco minutos, nos siguen los dos.

Renard rezongó caminando junto al canadiense:

—¿Quién sería el botarate que suprimió el Cuerpo de Caballería en las F. F. L.? Daría mis dos pies, por montarme en un buen penco.

—Haz como yo. Repite mil veces: «Qué bien se va en este trineo», y acabarás por creerlo.

Vamos, más aprisa, muchacho.

A solas con Javel, Guy Dartex sonrió:

—Le diste un baño de orientación al canadiense.

El claro gris de los ojos del campesino adquirió cierta dureza al mirar al parisiense.

—Él es un militar muy competente. Profesional de una ciencia que no les enseña a identificar el vuelo de los mirlos. Me gusta el sargento Laroc. Hace falta ser muy hombre para admitir los errores. Se equivocó al tener que rehuir a la patrulla. Lo

reconoció. Otro hubiera chillado, echándole la culpa al prójimo.

—Es posible... A lo mejor, sin tú saberlo, Néstor, aspiraste siempre a ser guerrero.

—La paz hace felices a los pueblos, pero convierte en débiles a los hombres. En efecto, me gusta la profesión militar. Es la única en la que no se dobla el espinazo.

Néstor Javel emprendió la marcha. Cuando la vegetación lo permitió, Dartex acomodó su zancada a la lenta, pero larga del campesino voluntario.

—Eres genial, Néstor. Nunca habría yo sabido hallar una definición tan acertada del oficio militar que exige grandeza y servidumbre, con altanería en ambas facetas. Es cierto que, hasta para recibir una bronca, el soldado se pone tieso. Nunca dobla el espinazo...

—Solamente una vez y definitiva. Medita en ello, soldado Dartex. Imagina un poste, donde atan a un soldado. Y, enfrente, unos compañeros suyos tienen que cumplir las siguientes voces de mando: «¡Carguen! ¡Apunten! ¡Fuego!».

—Tétrica escena. Tengo imaginación, pero no logro ver el sentido de tu metáfora... ¿Qué hizo el soldado para que le atasen al poste?

—Hablar con el corazón. Y es un órgano culpable de muchas equivocaciones. Si la equivocación termina en boda, las consecuencias son pasables. Matas a la esposa o te ausentas, si no logras domesticarla. Pero un voluntario, que aceptó respetar el Código Militar, no puede llamarle la atención, tenga o no razones, a un superior.

—¿Oíste lo que hablamos Laroc y yo?

—La brisa soplaba a mi favor. Tengo el oído agudizado. Mañana, el sargento Laroc dará la novedad al primer oficial a quien pertenezca. Y dará un parte por escrito. Lo que tú consideras una discusión, en el Código Militar, desde Napoleón Primero, se cataloga como «insubordinación frente al enemigo y en sector peligroso». Agravante máxima, ya que durante la insubordinación, el enemigo pudo atacar. La condena es inapelable: pelotón de ejecución, en sumarísimo de urgencia.

El sendero se estrechó haciéndose resbaladizo por el musgo que tapizaba el suelo. Los helechos se entrelazaban creando una bóveda natural.

Cuando pudo transitar sobre suelo más firme y ancho, Dartex se unió a Javel.

—Laroc dará su parte. Yo el mío. Me limité a hacerle una pregunta. Lo demás prosiguió en privado. De hombre a hombre. ¿Sí o no, Javel?

—Sí y no. En fin, chaval, mañana será otro día. En ciertos casos yo no opino. Hago como el maestro de mi pueblo. Cuando el papá de un cretino venía a preguntarle qué tal porvenir le profetizaba a su nene, el maestro siempre contestaba lo mismo: «Cuando su niño sea mayor, será un hombre. Y es vivo, es vivo»... El maestro no mentía, puesto que el nene crecería y no estaba muerto.

Sonrió Dartex. Con la juvenil inconsciencia del estudiante transformado en soldado y desconocedor del Código Militar aplicado en tiempo de guerra.

Durmió pesadamente. De noche, caminó como un cuerpo sin alma ni cerebro. Cuando a unos quinientos metros se recortó la dentellada masa pétreo del castillo de

Le Noyon, se recostó de lado contra el muro de un establo.

Laroc anunciaba:

—Hemos alcanzado el objetivo señalado por el mando. Usted, Renard, permanezca donde está, hasta nueva orden. Usted, Javel venga conmigo.

En el interior del establo, Guy Dartex se tendió complacido en la hojarasca acumulada entre dos tabiques bajos. Sobre su cabeza, los barrotes del vacío pesebre podían parecer rejas carcelarias.

Ignoraba que en la única salida, montaban guardia dos centinelas.

Despertó al oír crujir la hojarasca del compartimento vecino. Por un boquete del techo clareaba el cielo.

—No es posible, no es posible —decía roncamente una voz. Con acento canadiense.

Incorporándose, Guy Dartex apoyó los antebrazos en el borde del tabique de separación.

Ignorando su propio aspecto que le hacía idéntico al desconocido, vio a un fornido rubio, hirsuto de vello el sucio rostro, con costras de barro reseco en el uniforme, botas y casco.

El casco le colgaba a la nuca. Sentado, se abrazaba las rodillas. Alzó el rostro mirando fijamente a Dartex. Reía...

Una extraña risa demencial. Llenos los ojos azules de gruesos lagrimones que resbalaban por su barba de tres días.

—Hola, compañero... ¿No me reconoces? Soy Pascal... Pascal Dupuy... De la primera sección de la «D»...

—La barba te cambia mucho, Dupuy. ¿Te duele algo? La risa de Dupuy tuvo estridencias agudas.

«El pobre se volvió loco», se dijo Dartex.

—¿Que si... me duele algo...? Cuando nos lleven al foso... y nos fusilen... ya nada nos dolerá, Dartex. Nada de nada...

Y abrazándose de nuevo las rodillas, Pascal Dupuy hundió el rostro en el hueco de sus antebrazos. Gemía con insistencia de letanía:

—No es posible... No es posible...

CAPÍTULO V

Era como si, de pronto, en vez de sangre le circulase hielo derretido por las venas. Atónito, permanecía inmóvil. Se esforzó en afirmarse que el pobre Dupuy había perdido el juicio.

Pascal Dupuy sacudió la cabeza y con los dos puños se frotó rabiosamente los ojos. Dijo con voz trémula:

—De mi sección quedamos en pie seis. Solamente seis. No sé dónde, trabamos contacto con otros ocho. Mandados por el teniente Abrial. Tu teniente. Y teníamos que caminar, caminar, caminar...

La voz se iba afirmando en la evocación:

—Cruzando un arroyo aparecieron unos tanques por el talud. Tu teniente tumbó a uno. Nos pareció que le aplastaba. Venían otros tanques. Bamboleándose, mordiendo el suelo con sus cadenas... Alguien gritó: «En pie, Dupuy, en pie y adelante». Pero la tierra era como un imán. Seguí tendido hasta que un tanque viró hacia mi sitio. Corrí. Corrí. Vergonzoso, ¿verdad?

—No, hombre. En un caso semejante, yo haría lo mismo.

—Olvidé mis granadas, olvidé a mis compañeros, olvidé que teníamos que avanzar hacia el este. Corrí... Pero hacia el sur... Alguien gritaba: «Dupuy, media vuelta»... Yo no sabía que era el teniente Abrial. Lo supe hace unas horas. Cuando me salieron al encuentro tres compañeros. Les abracé. Ellos parecían molestos.

Y rió Dupuy estridentemente. Dartex escuchaba fascinado.

—Me llevaron a una especie de cobertizo, dentro del castillo medio en ruinas. Allí estaba el teniente Abrial. Tiene ojos de porcelana. Parece un muñeco hecho de alambres, cera y resortes. «Veterano Dupuy, abandonó usted su servicio frente al enemigo. Dos compañeros perdieron la vida en el inútil intento de darle alcance».

Manoteó Dupuy señalando la pared con la única puerta.

—Había una mesa. Tras ella, un capitán en el centro, un teniente a la izquierda y el teniente Abrial a la derecha. Inolvidables... No me miraban con desprecio ni con arrogancia. Con pena el capitán, con pena el otro teniente... Ningún sentimiento en los ojos de porcelana del teniente Abrial, que me dijo: «Puede alegar lo que desee en su defensa». Yo no acababa de comprender. Dije: «Me extravié, pero vine al sitio donde quería reunirme con mis compañeros».

Dupuy apuntó con el índice hacia la pared:

—No sabía que era un tribunal sumarísimo. El que leía los partes de acusación era el teniente Abrial. El capitán Lecuyer dijo: «Mantener la moral de nuestra compañía, nos obliga a imponerle la pena máxima, Dupuy. En este sector hemos de permanecer en constante alerta. Nadie puede poner en peligro la vida de los demás, Dupuy. Tenemos órdenes severísimas del Alto Mando en este sentido. Y es desgraciadamente un hecho demostrado que usted cometió el delito de abandono de servicio frente al

enemigo».

Y juntos los puños repiqueteaba Dupuy sobre sus rodillas. Añadió:

—¿Sabes cuántos sumamos los de las compañías «C» y «D», incluidos esos tres únicos oficiales? Treinta y cuatro... ¡Treinta y cuatro! Y para sostener la moral de los otros treinta y dos, ¡nos van a fusilar a nosotros! A mí por chaquetear y ser responsable de la muerte de unos compañeros... A ti, van a fusilarte... tú sabrás porqué...

—¡Es que no lo sé! A mí no pueden acusarme de... No lo tomes a mal, Dupuy... Yo no tuve... ocasión de chaquetear...

Reclinando de lado su rostro sobre las rodillas juntas, como si anhelase dormir, expuso Dupuy, cerrados los ojos:

—Los que me traían aquí, comentaron que el teniente Abrial solicitó la presencia de los otros dos oficiales, no para juzgarme a mí, ya que por lo visto, en el Código, el que chaquetea puede ser fusilado sin formación de causa. Pero que tú caso... Insubordinación ante el enemigo, exigía tribunal sumario. Es increíble... Perdidos en este bosque, treinta y cuatro copados... y se ponen a juzgar... Claro que lo tuyo por lo menos es más honroso, Dartex.

Y solamente entonces lo vio Dartex.

Hasta aquel momento su zozobra se lo había impedido.

Pascal Dupuy tenía las muñecas rodeadas por una soga, prietamente anudada. No llevaba correa ni arma alguna.

Abrióse la única puerta. Dos canadienses se colocaron a cada lado del dintel, terciado el fusil ante el pecho.

El cabo que entró se llamaba Hugo Lambert. Alias «Skimo». Un canadiense de enorme corpulencia. Brutal, de ojos rasgados.

Avanzando, dijo:

—No le hagas más complicada la papeleta al buen «Skimo». Si eres un buen chico, caminas tranquilo. Si te pones bravucón, soga.

Comprendió Dartex el motivo que justificaba los dos centinelas. Era estrictamente reglamentario. Porque durante su sueño alguien le había quitado el fusil, el macuto y la bolsa de granadas.

Amanecía cuando salió del establo. Seguían a unos pasos los dos soldados. A su lado, el cabo Lambert husmeó el aire dilatando las anchas fosas nasales.

Un bosque tupido que parecía extenderse hasta el infinito.

—Puedes hablar si quieres, chico.

—Dupuy cree que van a fusilarle.

—Si le dieran una medalla al que corre en sentido contrario al enemigo, ¿cómo demonios los otros seguirían corriendo adecuadamente mal que les pese? Hay que correr hacia donde señalan los capitostes, chico.

—Pero... una descarga de fusilería atraerá al enemigo.

Los achinados ojos miraron de soslayo. Dos rendijas crueles en un rostro

aceitoso.

—Eres genial, chico. Díselo a los del tribunal. Pero te contestarán que unas diez leguas a la redonda no hay un solo alemán. Por ahora. O sea que si quieren sentenciarte a fusilamiento con mortero, podemos dispararlo tranquilamente.

Dominando un escalofrío, dijo Dartex:

—Tu ironía es finísima, «Skimo».

—Los malos tragos se pasan mejor con bromas. Comprenderás que a mí que te fusilen o te afeiten, ni me va ni me viene. Pero si alguna vez me viera en tu pellejo, procuraría no tomarme el asunto a lo trágico. En el pellejo de Dupuy nunca me veré. En el tuyo... ¿Quién sabe? Hay sargentos que a veces me inspiran deseos de ver que tal les sentaría un puntapié en las nalgas. Bueno, ya hemos llegado a casita.

Contorneaban un torreón con boquetes y coronado por colgantes flecos de vegetación. El suelo era accidentado. Bajaron unas escaleras destrozadas.

—Hubo un bombardeo hace unos cuatro años —explicó Lambert.

Entraron en un largo sótano. Los boquetes del suelo superior habían sido tapados con urdimbre de caña. «Un cobertizo» había dicho Dupuy.

Tras una mesa de toscas tablas de pino, un capitán hojeaba un pliego de hojas. El teniente Sorel miró severamente a Dartex.

El teniente Abrial con su habitual inexpresividad. «Ojos de porcelana»...

El cabo Lambert saludó, dio media vuelta y fue a inmovilizarse junto al primer peldaño.

Las dos linternas proyectaban su luz hacia abajo, con pantalla protectora similar a un techo de pagoda china, pensó Dartex.

El capitán cerró el pliego y contempló con severidad a Guy Dartex.

—Reunidos en consejo de guerra sumarísimo, será levantada acta representada por el parte dado por escrito por el sargento Darius Laroc, comandante del segundo pelotón de la tercera sección de la compañía «C», del Cuarto Batallón. Puede usted resumir el parte, teniente.

Raymond Abrial debía ser el equivalente al fiscal en los juicios criminales. Un fiscal mesurado, se dijo Dartex.

Dartex encogió los hombros. Se acentuó la expresión severa del capitán Lecuyer.

—Le ruego conteste en voz alta —solicitó Abrial.

—No me considero un delincuente y por lo tanto no requiero careo con nadie, señor.

—Amaneciendo el día de ayer, la proximidad del enemigo les obligaba a marchar ininterrumpidamente. ¿Es así, Dartex?

—Así fue, señor.

—Ante los restantes componentes del pelotón, usted efectuó una pregunta a su superior. Referente al Primera Forban. El sargento ordenó a los soldados Javel y Renard, seguir adelante. Reiteró usted su pregunta en términos ofensivos, acusando al sargento de haber enviado deliberadamente a morir al Primera Forban. Le acusó de

no haber ido él personalmente. Le acusó de disponer de la vida de un hombre que valía cien veces más que él. ¿Hay falsedad en cuanto he expuesto?

—Ninguna. Se ajusta a la verdad. O por lo menos a mi sentido de la verdad. Hato notar al señor teniente que cuanto dije fue en privado.

—¿Había o no, fuerzas enemigas por las cercanías?

—Más o menos lejos, sí.

—Admite, entonces, que al quedar dividido el pelotón, el enemigo pudo aniquilarles.

—Yo no dividí el pelotón. Fue el sargento, señor.

—Cuya responsabilidad por esta infracción será penalizada a su debido momento. Ahora bien, soldado Dartex, es usted responsable del delito de insubordinación y ofensa grave a superior, frente al enemigo.

—No había enemigo a la vista, señor.

—Era zona de guerra. El artículo 12 del Apartado 19, reglamentando las infracciones en zona de guerra, estipula culpabilidad en primer grado para aquél o aquellos que entorpeciesen con discusiones la maniobra dirigida por superior. Es mi deber solicitar la aplicación de la penalidad señalada en los artículos octavo y décimo del apartado tercero del Código de Justicia Militar. Concurriendo la circunstancia agravante de ofensa contra el honor, especifica de la regla cuarta del artículo ciento setenta y cinco del mencionado Código.

El teniente Abrial leía con frialdad. Fue ahora el capitán el que leyó otro pliego. Con tono pausado:

—Debemos condenar y condenamos, en sentencia sumarísima, al procesado Guy Dartex, por los delitos de insubordinación frente al enemigo y ofensa grave al honor, a la pena de muerte. La sentencia se cumplirá con la máxima brevedad compatible con el estado de acantonamiento en zona enemiga.

Era irreal. Era imposible. Debía tratarse de una pesadilla.

Cruzándose de brazos, oyó Dartex una voz ronca, agresiva. La suya. Pero le parecía proceder de otra garganta.

—Supongo que tengo derecho a defenderme, señores. Me esfuerzo en convencerme de que he oído exponer con sencillez que he cometido algo monstruoso, ya que me condenan a muerte. Pero sigo sin apreciar la monstruosidad de mis crímenes... ¡Mataron a mansalva a un amigo mío! ¡Esto... esto no lo ha mencionado, teniente Abrial!

—Tengo que rectificarle, Dartex. El soldado Forban halló una muerte gloriosa defendiendo a sus compañeros y permitiendo que prosiguieran en su avance.

—¡El propio Laroc admitió la atenuante de una posible merma física! No la alego en mi defensa.

Supe claramente lo que le decía. Él pudo mandar a otro... A mí, a Renard, a Javel... El capitán intervino con entonación tajante:

—En el campamento de instrucción le fueron entregados dos manuales. Uno de

ellos, contenía el resumen del Código de Justicia Militar. El otro, aludía constantemente a que las órdenes nunca se discutirán. Serán cumplidas hasta alcanzar el objetivo. En cuyo momento, el soldado, suboficial u oficial, queda capacitado para exponer su queja verbalmente o por escrito. Solamente después de cumplido el primer deber. Alcanzar el objetivo. Nada más, Dartex. Retírese.

—Es increíble... Me alisté voluntario, señores.

—Con todos los derechos y obligaciones del soldado.

—No puse en peligro a nadie... He venido a luchar para que Francia recobre su libertad... Ustedes, tiesos y envarados, me oyen con asombro... ¿Por qué? ¿Es absurdo que les jure que no creí cometer un delito grave? ¿Somos muñecos uniformados? ¿Tenemos o no tenemos alma?

El teniente Abrial replicó inmutable la expresión:

—El Código contiene las sentencias para cada caso, Dartex. Nuestros sentimientos personales en nada pueden alterar o influir lo que es irrevocable. Ahora, como ruego particular, solicito que abandone este sitio. Si lo requiere, acudiré para aquello que en su entendimiento necesite aclaración. Sin Código.

Exasperado, Guy Dartex gritó:

—¡Me cisco en el Código! Aunque me condenen al paredón, yo no soy ningún delincuente... He estado sometido durante horas interminables a una tensión nerviosa y me resigné a aceptar la muerte honrosa. Pero es inconcebible que ustedes me sentencien... Un soldado, no puede ser ejecutado por recriminar a un sargento... Ni aunque le reprochase yo a un general lo que en mi parecer está equivocado...

Sacudió de su hombro la mano que el cabo Lambert acababa de apoyar, atendiendo a la muda indicación del capitán Lecuyer.

—¡Rodeados por el enemigo, se ponen ustedes a juzgar! Grotesco, si no fuese trágico... Si tienen un resto de conciencia, no pueden condenar a morir a un desgraciado como Pascal Dupuy, que vino voluntariamente al matadero... ¡Como yo mismo! Y si llego a saber que tres engreídos oficiales, iban a juzgar...

El golpe asestado por el cabo canadiense fue de experto. Con el canto de su ancha diestra en la carótida.

Lambert cargó al hombro al soldado Dartex. Se inmovilizó en posición de firmes. Y con voz cansina, dijo el capitán Lecuyer:

—Forme el piquete de ejecución, cabo. Conceda a los dos sentenciados todo aquello que pidan, y humanamente pueda conseguirse.

A solas, los tres oficiales permanecieron en silencio un largo instante. Por fin, Lecuyer comentó:

—Guy Dartex, cumpliría los veinte años el próximo mes. Un estudiante que hoy sería Licenciado en Filosofía... La guerra... Y no puede comprender... No sabe que tenemos que obedecer la orden dada por escrito al embarcar, y firmada por el coronel Dartex. La orden de ejecución sumaria contra los que incurriesen en abandono de servicio e insubordinación... ¿Le asombra que intente justificar nuestra única y

posible decisión, Abrial?

—No, señor, no me asombra. En este bosque hemos de acampar en difíciles condiciones. Si la tropa no supiera que será severamente castigada cualquier infracción, cometerían imprudencias a riesgo de sus vidas. Solamente con una disciplina inquebrantable, sobrevivirán.

—Lo sé, Abrial, lo sé... Pero este muchacho me impresionó. Para él, el sargento Laroc era simplemente un profesor gruñón e injusto, y nosotros unos catedráticos intransigentes. Bien, regreso a mi puesto de mando. ¿Viene conmigo, Sorel?

—Si no manda otra cosa, iré directamente a mi posición.

Lecuyer abandonó el sótano, que era también el puesto de mando de Abrial, oficial comandante de catorce supervivientes de seis secciones. Dijo Sorel:

—El pobre diablo de Dupuy tuvo un instante de pánico, Abrial, ¿lo comprendes, verdad?

—Particularmente lo comprendo. Por esta misma razón tanto a él como a Dartex les concederé, si al visitarles no se portan cobardemente, la «misericordia».

Sonrió Sorel. Escasas veces era empleado aquel recurso. Hacerles creer a los que iban a ser fusilados, que las armas del piquete, serían cargadas con cartuchos de fogeo sin bala.

—Te calumnian, Raymond, los que te consideran un tipo inhumano. Si me lo ordenas mandaré el piquete, ya que Dupuy es de mi compañía.

—Me ocupo de ello. Ya que tengo fama de inhumano... un poco más un poco menos... qué importa ya.

* * *

Hugo Lambert depositó sobre la hojarasca una olla conteniendo un líquido espeso y densamente rojo. Alineó dos salchichones y dos cajetillas de cigarrillos.

—Sed buenos chicos. No le compliquéis la papeleta al buen «Skimo». Tuve que atizarte, Dartex.

Nada personal, ¿estamos? Probad este tintorro. Es de rechupete.

Pascal Dupuy presentó sus dos muñecas atadas.

—Skimo... No me dejes morir así... Quítame esta soga...

—No puedo, chico. Me empaquetarían.

—Yo sí puedo —y febriles los ojos, Guy Dartex inclinándose empezó a hurgar en los nudos aprisionando las muñecas de Dupuy—. Voy a desatarte, Pascal. Y tú pega, anda, pega, esquimal del infierno helado.

Hugo Lambert, encogiéndose de hombros, replicó ceñudo:

—Me vas a obligar, chico. Voy a tener que arrearte, chico...

—Cabo, tenga la bondad de aguardar fuera.

Raymond Abrial avanzó, y Lambert salió apresuradamente.

Guy Dartex siguió manipulando en el atadizo de su compañero que lentamente se

puso en pie.

—¿Usted es un cura? —preguntó Dartex agudizada la voz.

—Es el teniente Abrial —dijo Dupuy ingenuamente.

—¡Era el teniente Abrial! Tenemos derecho a estar solos, Pascal. A lo más, aceptar al capellán...

—El capellán murió en el desembarco. Y en cierto modo, Dartex, tengo alguna semejanza con los capellanes castrenses. Para mí, la profesión militar es un sacerdocio. Pascal Dupuy... ¿Me tiene usted rencor?

Libres las manos, se frotó Dupuy las muñecas. En sus ojos saltones volvieron a acumularse lágrimas. Forzó una sonrisa.

—Yo supongo, teniente, que usted no tuvo más remedio que aplicarme el rodillo. Esta apisonadora que llaman Código, y que... claro, tiene que aplicarse... No le tengo rencor ninguno, teniente.

—Gracias. Si desean entregarme algo, una carta por ejemplo, o lo que sea, procuraré que llegue a su destino.

Inclinándose, Dupuy cogió la olla por las dos asas. Empezó a beber ansiosamente.

Raymond Abrial ofreció su abierta pitillera a Dartex, que, moviendo la cabeza en lenta negativa, recogió del suelo una de las cajetillas. Dijo:

—Si me tiemblan las manos, no es por miedo... ¡Es de rabia! Contra la injusticia de los rígidos que no admiten atenuantes... ¡Yo sí que le tengo rencor, Abrial! Usted, el caza-tanques, el superhombre, el excelso que está por encima de toda debilidad humana... pudo reconocer que Pascal se presentó voluntariamente... Pudo reconocer que yo no puse en peligro a nadie, por cantarle lo que para mí, eran verdades, a un sargento...

—Rectificó. A un soldado raso. Laroc ha sido degradado por admitir la discusión. Ningún superior discute las órdenes que ha dado.

Cogiendo un salchichón, mordió Dartex sin hambre. Masculló:

—Mírale bien, Pascal... No es un bípedo normal... Es un muñeco de palo, aprisionado entre las páginas del Código Militar. Sigue bebiendo Pascal. Iremos allá cantando «La Marsellesa».

Y de pronto, Guy Dartex tirando al suelo el embutido, se cubrió el rostro con ambas manos.

Exigió roncamente:

—Lárguese, señor teniente... ¡Fuera! Los soldados Dupuy y Dartex reclaman su derecho a quedarse a solas con sus conciencias. Nuestras conciencias nada nos reprochan. ¿Se entera, maniquí?

Pálido, se irguió más el teniente Abrial.

—Así es, señores. Sus conciencias como hombres nada pueden reprocharles. Infortunadamente, el hombre en tiempo de guerra y cuando es soldado, ha de convertirse en un muñeco de palo, en un maniquí... Si lo desea, me retiro, señor Dartex.

Pascal Dupuy empezaba a sentir los efectos del vino altamente graduado. Dijo conciliador:

—Anda, Guy, déjale que se quede aquí al hombre... Se le nota algo así como amistoso... Sigue con los ojos de porcelana, pero es como es... Oiga, mi teniente, ¿de veras me cree un cobarde?

Raymond Abrial iba a contestar afirmativamente. Contempló las lágrimas que resbalaban por el rostro barbudo y replicó:

—En determinadas circunstancias, el ánimo puede flaquear, Dupuy. Tengo la certeza de que usted... no calculó las consecuencias de su acción.

—Exacto, exacto, mi teniente... Bueno, resulta que en Quebec viven los Dupuy... ¿Qué les dirán?

Eso es... ¿Qué le dirán a mi madre? Ahí sí que me duele...

Guy Dartex miró con salvaje nerviosismo al teniente que dijo:

—El capitán Lecuyer estoy seguro que me autorizaría a telegrafiar, cuando sea posible, que el soldado Pascal Dupuy cayó gloriosamente en el campo de honor.

—¿Autorizaría? —indagó Dartex—. ¿Por qué conjuga incorrectamente? ¡Le autorizará!

—No será preciso. Los señores oficiales Lecuyer y Sorel decidieron que la ejecución fuera simulada. Con cartuchos de fogeo que yo mismo sustituiré a los cargadores legítimos.

Dilatados los ojos, volvió Dupuy a beber ansiosamente. Dartex, trémula la entonación, rebatió:

—¿Qué clase de cuento tártaro nos quiere hacer creer, Abrial?

—La ejecución, aunque simulada, ha de efectuarse para que la tropa tenga presente que las infracciones graves son castigadas. Será por consiguiente una simulación a modo de ejemplo para los demás.

—No, no lo creo... Agradezco la intención... ¡No mienta, Abrial!

Fulguraron los metálicos ojos azules del oficial. Intervino Dupuy con anhelosa respiración jadeante:

—Puede que sea compasión, mi teniente... Usted tiene fama de nunca apiadarse... Dicen que si usted da su palabra de honor, es capaz de abrir en canal a su propia parentela... Si no hay truco, Guy, es fácil de saberlo... ¡Palabra de honor, teniente! Su palabra de honor, mi teniente... ¿Palabra de honor...?

También Dartex esperaba con íntima ansiedad.

Mentalmente, Raymond Abrial, conde de Duplessis, descendiente de mariscales de Francia, sostuvo un breve combate entre su insobornable sentido del honor militar y su nobleza muy íntima.

Anunció con fría sequedad:

—No tengo costumbre de que me tilden de mentiroso, señores. Pero dadas las circunstancias, juro por mi honor que la ejecución será simulada. Únicamente lo sabrá el cabo Lambert.

Tambaleándose, Pascal Dupuy procuró cuadrarse. Y dijo:

—Dios le bendiga, mi teniente... Estoy algo ebrio y por eso admito que fui un cobarde, un cobarde, sí... Pero ahora, podré redimirme.

—¿Desea decirme algo, Dartex?

—Pues que es posible que hice mal al acusar a un superior... Gracias, señor, por devolvernos a Pascal y a mí la oportunidad de poder morir gloriosamente.

Saludó Abrial, abandonando el establo. Recorrió diez pasos y llamó con un ademán al cabo Lambert.

—He considerado preferible, para que mueran con gallardía, asegurar a los sentenciados que la ejecución será simulada. Les afirmé que solamente usted estaba enterado. Los detalles en contestación a las posibles preguntas corren de su cargo, cabo Lambert. ¿Dígame?

—Entonces, procedo a cambiar los cargadores, mi teniente.

—No hay tal simulación, cabo. El piquete por usted encabezado cargará sus fusiles reglamentariamente. Los sentenciados serán pasados por las armas, en el foso, bajo la poterna, exactamente a las diez en punto. ¿Qué hora marca su reloj, cabo?

—Las nueve y treinta y seis minutos, señor.

—Rectifique. Por mi horario pasan treinta y ocho minutos de las nueve.

—A la orden, señor.

Seis soldados en posición de reposo, se alinearon a doce pasos del muro con pátina de siglos, y antiguamente anegado por las aguas del foso, ahora reseco por diversos desagües.

Apoyada la culata en el suelo entrelazaban las manos en el cañón de sus fusiles reglamentariamente cargados.

CAPÍTULO VI

Los tanques alemanes surgieron de pronto. Eran del modelo denominado «Tigre». Dotados de una gran movilidad, semejaban casamatas ambulantes, desde cuya mirilla giratoria, el tubo lanza-granadas vomitaba los pequeños obuses de gran potencia explosiva.

Pudieron los cuatro tanques efectuar su ataque por sorpresa, al estar perfectamente camuflados con ramaje natural. Y no haber delatado su cercana presencia, el rumor de los motores.

Se limitaron a rodar en descenso silencioso por la opuesta ladera de la loma y aparecer súbitamente, acrecentada su efectividad por el repentino estruendo triple de sus motores poniéndose en marcha, sus cañones sembrando de cráteres los muros y fosos, y sus ametralladoras crepitando en rasantes ráfagas.

En un instante, el paraje hasta entonces silencioso, se convirtió en una zona de tierra batida e incendiada, donde cada hombre atendió exclusivamente al más elemental de los instintos: huir de la muerte inexorable.

El brusco estrépito destructor, estalló en el mismo instante en que el cabo Lambert se aproximaba al establo para abrir la puerta y escoltar hacia el foso a los dos sentenciados.

Dando media vuelta, obedeció ya a una sola consigna: «En caso de repentino ataque por fuerzas superiores en número, cada jefe de escuadra, pelotón y sección, conducirá la retirada de sus hombres hacia el punto menos batido por el enemigo».

En el interior del establo, la repercusión atronadora del ataque enemigo, convirtió a los dos prisioneros en seres primitivos dominados por un doble pánico ancestral: el de perecer ante una amenaza invisible y el furioso temor de ser sepultado en vida.

Pascal Dupuy se abalanzó a la cerrada puerta, golpeando en ella con ambos puños. Los maderos saltaron astillados por el impacto de una granada que inundó de humo, polvareda y cascotes el recinto.

Guy Dartex percibió el soplo quemante que en onda expansiva le impulsó hacia una esquina.

Después, ya todo fueron reflejos instintivos.

Correr hacia la brecha aún polvorienta, salir al exterior y alejarse de aquel infierno donde las máquinas sembradoras de exterminio seguían evolucionando, con precisión.

Guy Dartex, agotado y humanamente incapacitado para dar un solo paso más, se tendió boca abajo entre dos apretadas hileras de árboles, bordeando una acequia.

Hundió la cara en el agua, bebiendo ansiosamente. Iba calmándose el fragor de sus pulmones. Todo era ya silencio en torno suyo, y por esto oyó con claridad el rumor de unas pisadas acercándose.

En gesto instintivo se llevó la mano al hombro para descolgar el fusil. Hizo una

mueca de fastidio rabioso. Era un hombre desarmado, perdido en un bosque desconocido y a merced de cualquiera que llevase un arma de fuego.

Y sintió una inmensa sensación de afecto hacia el hombre que se aproximaba con paso aplomado e indolente: el soldado-campesino Néstor Javel.

Silbó suavemente para atraer su atención, pero ya los claros ojos grises de Javel le habían descubierto. Con su habitual placidez agitó la mano en señal de saludo, antes de doblar una rodilla, y en cuenco las dos manos, ir bebiendo calmosamente.

—Aproximándose, comentó Dartex en voz baja:

—Compadre... No sabes el alegrón que me da el verte... ¿Te extraviaste también, Néstor? Terciado el fusil a la espalda, Javel sentándose en la hierba señaló un punto al oeste:

—Hacia allá se reunirán los que se salvaron de la maldita peste de los tanques... Yo he dado un pequeño rodeo, chaval. En tu honor.

—¿En mi honor? No te entiendo, Néstor...

—Son tantas las cosas que no entendemos mientras no nos las expliquen claramente, que luego así vienen las confusiones. Cuando te vi salir del establo a todo galope, como un potrillo en plena estampida, me dije: «Néstor, sígueme el rastro al chaval. A lo mejor se extravía por segunda vez».

—Pues te lo agradezco porque acertaste. No tengo la menor idea de dónde estoy.

—Ya me parecía a mí... Escucha, chaval, si yo fuera un soldado profesional me hubiese despreocupado de tu porvenir. Pero me temo que eres un romántico despistado, cosa que no te reprocho, pero te ha llegado el momento de tener sentido práctico. ¿Qué pensabas hacer apenas te orientases?

—Debo confesarte que estoy plenamente desconcertado, Néstor. El teniente Abrial consideraba obligatorio que Dupuy y yo fuéramos ejecutados simbólicamente... Mientras esperaba con el pobre Dupuy, empecé a dudar. Si nos ejecutaban simbólicamente, como pretendía bajo palabra de honor el teniente Abrial, ¿qué diablos pasaría luego? Esta duda no la tuvo el pobre Dupuy. Yo sí. En la suposición de que nos disparasen cartuchos de fogeo... ¿qué demonios teníamos que hacer luego los dos fusilados? ¿Hacer el muerto y esperar a que fuéramos trasladados a otra guarnición? Y suponiendo que mi duda fuese infundada, ¿qué debo yo hacer ahora? ¿Buscar a mis compañeros?

¿Presentarme al teniente Abrial y decirle más o menos: «Vuelvo para ser fusilado de mentirijillas y como escarmiento para los testigos»? Estoy desconcertado, Néstor. ¿Qué harías tú en mi lugar?

—Resignarme a ser un fugitivo por partida doble, chaval. Buscar un hoyo de momento y, algún día, cambiar de identidad para evitar que se cumpla la sentencia aplazada.

—Entonces... el teniente Abrial mintió.

—Una mentira muy noble, chaval. En el fondo él, como particular, lamentaba que confundieras el Código Militar con las normas de buena conducta universitaria. Bien,

tienes que apechugar con la realidad presente, chaval. Para los alemanes eres un intruso que ha de ser abatido allá donde te vean... y para tus propios compañeros eres un fugitivo condenado a muerte.

Guy Dartex se pasó lentamente la mano en fuerte presión descendente desde las cejas hasta el trémulo mentón.

En su hombro apoyó Javel la ancha diestra callosa.

—Duele un poco, ahora, pero verás cómo resulta verdadera la receta ésa que asegura que no hay bálsamo mejor que el paso de los días. Y hazme caso. Un hombre está solamente perdido cuando se empeña en echar a los demás la responsabilidad de sus resbalones. Resbalaste al pegarle una bronca al sargento Laroc. Ni él tiene la culpa, ni tampoco el teniente Abrial, de que lo que tú creías una simple discusión con un profesor, fuera un delito penado con plomos del piquete de ejecución.

Esforzándose en serenarse, Guy Dartex palmoteó la diestra que seguía manteniendo en su hombro el campesino-soldado.

—Has sido un excelente amigo, Néstor. Comprendo ya que viniste a advertirme que... no cometiese el error de creerme un voluntario indultado. Te recordaré siempre con mucho afecto, Néstor.

—Y yo a ti, chaval.

Poniéndose en pie, añadió Javel:

—Que desconfíes de los alemanes, no hace falta que te lo recuerde. Pero desconfía también de los campesinos franceses. Algunos son partidarios de que la mayoría tiene razón. Y como por ahora, por estas comarcas, la mayoría la tienen los alemanes... Bueno, chaval, no te descorazonas y recuerda que lo principal en la vida es sobrevivir. Suerte, chaval.

—Suerte, también para ti, de veras.

Impulsivamente, Guy Dartex abrazó a su ex compañero de armas. Y Néstor Javel señaló hacia el este.

—Echa un vistazo allá, chaval. Aquel campanario es el de la ermita de Hirson. La aldea del mismo nombre está muy desperdigada. Por allá no deben andar alemanes en abundancia. Yo, en tu pellejo, iría allá en busca de refugio por una temporada.

—¿Hirson? ¿Acaso hay por ahí una especie de castillo?

—Pues sí... Pero yo en tu lugar, como refugio, preferiría cualquier cabaña de leñadores al castillo de Hirson. Es demasiado visible el castillo.

Néstor Javel se alejó cautelosamente para evitarse una nueva despedida. Aprovechaba la ensimismada fijeza con la cual Guy Dartex contemplaba a lo lejos el agudo campanario señalando el emplazamiento de la aldea y castillo de Hirson.

Y Guy Dartex, como un alucinado, fue avanzando por el tupido bosque con una nueva y creciente obsesión: ya que estaba condenado fatalmente a morir, haría frente a su Destino con una íntima y última satisfacción.

Poder también él, un fugitivo «por partida doble», sentenciar a muerte a una persona merecedora de muchos amaneceres de agonía: Amanda de Bremond, la

orgullosa propietaria del castillo de Hirson.

* * *

El bosque era tan denso que el sol apenas se apercibía a través del dosel natural de un verde esmeralda. Guy Dartex avanzaba con paso decidido.

Por dos veces había hecho un alto: para comer moras hasta saciarse y para beber el agua fresquísima de un riachuelo.

Y en evitación de que aquel constante silencio, más impresionante en la grandiosa extensión del bosque, siguiese influyendo en sus contradictorios sentimientos, pensó en voz alta:

—Este uniforme era muy honroso para ti, cuando iba acompañado del adecuado complemento de fusil, granadas y casco. Ahora, resulta demasiado vistoso y comprometedor, Guy. Tienes dinero encima... Pero no puedes acercarte a ninguna tienda a comprar un traje de paisano. Y si quieres tener la seguridad de poder visitar el castillo de Amanda de Bremond, necesitas otra ropa menos llamativa para poder circular.

El suelo que hasta entonces había sido de blanda hojarasca en espeso tapiz o tierra fangosa, iba endureciéndose al ir aclarándose la arboleda. Apareció un sendero con claras marcas de ser pisoteado con frecuencia.

Y llegó a sus oídos un rumor de golpes rítmicos. En un claro, en cuyo fondo había una cabaña, un hombre estaba cortando troncos con recia cadencia de leñador.

Guy Dartex se aproximó sin que el leñador se diese cuenta.

—Por favor, buen hombre, no se asuste... —rogó Dartex.

El leñador, respingando, soltó el hacha. Era evidente el asombro que le producía aquel uniforme claro, tan distinto a los habituales verdegris del ocupante.

Dartex mostró unos billetes de Banco.

—Un pantalón, una chaqueta... ¿comprende, buen hombre? El leñador guiñó un ojo y dijo socarrón:

—Me diste una sorpresa formidable, muchacho... Ya sabíamos que había tropa aliada, pero nunca pensé que llegaseis tan lejos... ¿Vienes solo?

—Sí. Me extravié. Necesito ropa.

—Espérame aquí. Eres un francés valiente y es mi deber ayudarte en lo que sea posible. Espera aquí mismo. Te traeré ropa.

Guy Dartex tuvo un extraño presentimiento cuando habían transcurrido unos diez minutos. En su cerebro empezaban a resonar con insistencia las palabras de Néstor Javel:

—«Desconfía también de los campesinos franceses. Algunos son partidarios de que la mayoría tiene razón. Y como por ahora, por estas comarcas, la mayoría la tienen los alemanes...».

Abandonando el claro, fue a esconderse entre los brezales de una pequeña loma,

desde la cual divisaba el claro con la cabaña del leñador.

Crispó los puños.

El leñador había regresado. Pero en compañía de cuatro soldados alemanes. No podía oír las palabras que intercambiaban el leñador y el cabo alemán.

Pero oía las imprecaciones del cabo, cuando con sus soldados, renunció a seguir asestando culatazos por toda la maleza en torno al claro.

—Se fueron, llevándose consigo al delator francés que protestaba indignado.

Rió Dartex silenciosamente. Mascullando entre dientes:

—Te está bien empleado, cerdo. Ahora te acusarán de alarmista o de visionario. Bien... Se acabó ya el caminar como un excursionista. Mucha pupila, Guy. Por lo menos tienes que sobrevivir, hasta leerle su sentencia de muerte a Amanda de Bremond.

El sendero desembocaba en una calle empedrada. La primera calle de la aldea de Hirson.

Dispuesto a todo con tal de conseguir ropa de paisano, saltó Dartex la empalizada dando al pequeño jardín posterior de una casa de picudo techo de bálago.

Quedó agazapado entre dos arbustos. Y la voccecita temblorosa le hizo comprender que había sido visto.

—Se lo suplico... No se quede aquí, por Dios...

Era una mujer de pequeña estatura, toda vestida de negro, muy encorvada de hombros. Estaba recogiendo la ropa puesta a secar en un alambre. Y agregaba con su voz cascada:

—Aquí está en peligro... Váyase.

Guy Dartex, molesto, sin pretender ironizar, manifestó:

—¿Dónde quiere que vaya, abuela? Ya se ha dado usted cuenta que no puedo pasearme por el pueblo...

Y se dirigió hacia la puerta posterior de su casa. Pero al ir a abrirla, volvió la cabeza hacia el que se detuvo a un paso.

—No, no puedo dejarle entrar... He leído la orden que está en la alcaldía... Los que den alojamiento a... Lo dice... Serán fusilados los que den alojamiento... Váyase... Déjeme.

Guy Dartex, exasperado, habló incisivamente:

—Siento mucho comprometerla, señora. Pero no puedo andarme con cumplidos... Voy a entrar... Y esté tranquila, mujer... No me quedará mucho tiempo en su barraca. Tan pronto anochezca, y haya comido algo y me venda usted alguna ropa donde la consiga, me iré...

Pero ella seguía titubeando, y Dartex masculló indignado:

—Usted habla muy bien el francés, señora. Y no tiene aspecto de robusta alemana. Yo soy uno de los que pretenden que Francia vuelva a ser de los franceses, ¿sabe?

Pestañeó ella. Y murmuró débilmente:

—Perdone, hijo. Pase.

Desde la cocina, la anciana señaló una habitación. Una ventana daba al jardín lateral.

—Escuche, hijo... Si llamasen con fuerza a la puerta, serán ellos. Los alemanes. Registran mucho hace dos días con sus noches. Entonces, tendrá usted que saltar por la ventana. Siéntese y descanse, hijo. Le prepararé algo de comer.

Sin saber por qué, Dartex sintióse algo avergonzado.

—Ha de excusarme, abuela, si la hablé en tono de reproche. Es cosa de los nervios, ¿comprende?

Hubiera preferido que esta casa fuera propiedad de hombres... Discutir con usted, me molestó.

Una triste sonrisa se esbozó en los delgados labios de la anciana.

—No se preocupe, hijo. Y ha tenido usted suerte. Mi Jean tenía aproximadamente su estatura. Mi marido... Se marchó hace algún tiempo. Pero yo sé que cuando regrese, la alegría será tan grande en esta casa, que un pantalón y una chaqueta menos, no importarán.

La ropa era de pana. La chaqueta se cerraba hasta el cuello, al estilo pelliza. En el espejo de la alcoba, Dartex, mirándose, se dijo que aquel color terroso era el más apropiado para no llamar la atención. Un aldeano más.

Y mientras comía vorazmente los huevos con tocino, la anciana explicaba:

—Corrió el rumor de que un ejército aliado había sido casi aniquilado por el bosque de Le Noyon, pero que muchos estaban escondiéndose... Yo puedo esconder tu uniforme, hijo. Y algún día, pasas a recogerlo. No es preciso que busques palabras para darme las gracias. Y he estado pensando... No puedes andar por el bosque siempre... Hay un sitio donde podrías esconderte, hijo. El castillo. ¿Sabes dónde está el castillo de Hirson?

Atragantándose, Dartex afirmó con la cabeza. Proseguía la anciana:

—En el castillo, mi hermana está de criada... Se llama Margot. Margot Lebrun. Se me parece algo, claro que en más joven... La entrada principal del castillo tiene una gran verja, toda dorada. Naturalmente no entres por ahí... Sigue toda la tapia que por detrás da la vuelta al parque, y llegarás a una puertecilla. Es donde llaman los que traen las provisiones. Llama suavemente... Así, hijo.

Sobre la mesa, la anciana repicó tres veces, despaciosamente.

—Estoy casi segura que será mi hermana Margot la que acudirá a abrir. Pero podría también ser otra persona la que abriese. Entonces le dices que yo, Josette, te envío con un recado a mi hermana Margot. Ella te dará alojamiento, y se las compondrá para que no se entere la propietaria. Viene por temporadas, aunque últimamente se queda mucho tiempo seguido en el castillo. Es una parisina. Una tal Amanda de Bremond.

CAPÍTULO VII

La mejor hora para llegar era hacia las ocho de la mañana, había explicado Josette Lebrun. Y las distancias engañaban de noche, había añadido. Aceptó Dartex dormir unas horas, y a las dos de la madrugada emprendió el camino hacia el castillo.

Avanzando lentamente para no extraviarse por las tinieblas del bosque al norte de Hirson, Guy Dartex sabía que tenía que evitar el acercarse demasiado a la cinta plateada de la carretera. Una cinta que le servía de punto de referencia.

Una cinta que reflejando la blancura del fulgor lunar, vino a ser como la pantalla en que desfiló lo que nunca había podido olvidar.

Una infancia de hijo único, excesivamente rico. Su padre Bernard Dartex, un hombre distante, severo, pero encantador, cuando le sonreía. Profesores particular res. Vacaciones.

Y tenía quince años, cuando empezó a darse cuenta que los lujos iban disminuyendo. Oyó hablar a su padre de la obligación de vender la propiedad de campo. Y disminuyó también la servidumbre.

—Vas a ingresar en un pensionado —le dijo cierta noche su padre—. Eres ya casi un hombre. La educación que hasta ahora has recibido no te prepararía para la lucha por la vida. Tienes que acostumbrarte a vivir con chicos de tu edad, para estimularte a estudiar.

Un pensionado de segunda categoría. Y la brusca revelación de muchos misterios.

Recordaba, como si la viera, la cara astuta del estudiante de cuarto de bachillerato apodado Proscenio porque decían que conocían la vida y milagros de todas las célebres actrices.

Proscenio se le aproximó a la hora del recreo:

—Hola, pescador. Si tienes cinco francos de sobras, te vendo una postal morrocotuda.

—Con aires de conspirador. Proscenio enseñó una postal. En colores. Una joven se erguía sobre la punta de los pies, unidas las manos tras la nuca. En torno a ella, como una aureola, se leía: «Amanda de Bremond».

Guardándose la postal, agregaba Proscenio con risita conejil:

—La gran estrella del «Molino Verde», chico. Un bomboncito, que debutó a los dieciséis años, y lleva tan sólo cuatro actuando. Pero vuelve loco al más pintado. Aunque claro, tú ya estás al cabo de la calle.

Guy Dartex se veía, con expresión cándida, replicando:

—No tengo idea de lo que me hablas.

—Vamos, vamos, la discreción conmigo es casi una injuria. Hace ya dos años que dicha espléndida Amanda de Bremond tiene tarumba al autor de tus días. ¿O no eres tú el hijo de Bernard Dartex, el financiero?

Unos segundos deslumbrantes, aclarando muchas cosas. La tristeza materna, los

susurros en la cocina, el aire molesto de Bernard Dartex...

Y volvía ahora Guy Dartex a oír la entonación extrañada de Proscenio:

—Caray... He metido la pata. Por la cara de canelo que pones, está visto que no lo sabías. Entonces, hijo mío, eras el único en todo París.

Los ojos del estudiante inocente Guy Dartex se habían llenado repentinamente de lágrimas. Y Proscenio, molesto murmuró:

—Chico... no lo tomes tan a la tremenda. Yo creía que lo sabías, ¿comprendes?

Entonces, empezó realmente a convertirse en hombre. Porque replicó mintiendo:

—Claro que lo sabía. Lo que pasa... es que estoy resfriado.

—Ah, bueno... Pues parece ser que tu padre se está arruinando con la Amanda de marras. Cosa natural. También yo me arruinaría si tuviera con qué. Ahora que yo, en tu lugar, iría a verla a la Amanda. Con un ramo de flores como pase. Y cuando la tuviera delante le arrearía una patada en plena boca. Nada más ni nada menos. Me largo porque me llama un cliente.

Guy Dartex compró la postal. Y un domingo por la tarde, su tío Charles, el teniente coronel del ejército canadiense, de permiso en París, le invitó a «un paseo de hombre libre». Declaró que deseaba ir al cine solo.

Y temblando de una emoción indefinible, el estudiante Dartex se encontró ante la puerta de un camerino, con un ramo de rosas en la diestra.

A su llamada, una voz melodiosa invitó:

—Adelante.

Y conoció a Amanda de Bremond. Estaba retocándose el maquillaje ante el espejo. Sin volverse, dijo:

—Llevo minutos esperando, Cora. ¿Y mi abrigo...?

Entonces por el espejo vio al estudiante. Sonrió:

—Perdone usted, joven. Creí que era mi «vestidora». Son muy bonitas estas flores. Su mirada es muy triste, joven. ¿Qué edad tiene?

—Cumplí ya los quince.

—Vaya, vaya... Entonces te puedo tutear. Yo no he cumplido aún los veinte... ¿Cómo te llamas?

—Guy.

—¿Guy qué más?

Guy Dartex creyó ser muy grosero al contestar:

—No te importa nada.

Rió ella muy divertida. Agregó él:

—Vine a por un autógrafo. No para admirarte... Porque casi te odiaría, si pudiera...

—Eres un jovencito bastante raro, Guy.

Los inmensos ojos de un claro verde de Amanda de Bremond, revelaban curiosidad. Y tenían, de pronto, mucha melancolía.

—Explícame por qué quisieras odiarme, Guy...

En aquel instante llamaron a la puerta, y una voz femenina, avisó:

—El coche del señor Dartex acaba de llegar, señorita Amanda.

—Bien. Gracias, Cora.

Y al ver al muchacho correr hacia la puerta, inquirió Amanda:

—¿Qué te sucede, Guy?

Guy Dartex huía. En el corredor se escondió tras un maniquí. Y la alta silueta de Bernard Dartex pasó por su lado. Le oyó llamar en la puerta. Y por última vez oyó la voz de Amanda invitando a entrar al visitante.

Nunca volvió a verla. Tenía dieciocho años cuando Bernard Dartex, arruinado, se suicidó.

Pero él llevaba un año en Montreal, sufragados sus estudios de Filosofía y Letras por su tío el coronel Charles Dartex.

Que no creyéndose oído, explicaba a su ayudante:

—Fue una cobardía... Mi pobre hermano, en todo caso, debió matar a esta condenada aventurera.

A esta Amanda de Bremond.

Regresó a París. Su madre enferma hacía ya años, se extinguía lentamente.

Guy Dartex consiguió una automática. Pero nadie sabía darle razón del paradero de Amanda de Bremond.

—Se retiró de los escenarios. Fue de las inteligentes que, administrando bien sus ingresos, vive a la gran marquesa... Hasta tiene un castillo, por un pueblo picardo llamado Hirson.

Era la víspera de la movilización general. No pudo ir a Hirson.

Y ahora en la noche que iba aclarando, Guy Dartex comprendía el significado de la máxima que siempre le había parecido grotesca: «La venganza es un plato que se come frío».

* * *

En el aire fresco de la mañana, destellaban los dorados de la verja. El castillo aparecía sonrosado. Por la carretera, motociclistas y «jeeps» se cruzaban. Ostentando la Cruz Gamada.

Un Estado Mayor debía alojarse en el castillo, pensó Dartex tendido entre matorrales de un altozano. Por el jardín delantero del castillo paseaban oficiales. Ante la escalinata había un «DKW» plateado.

Súbitamente, soldados y oficialidad chocaron tacones y quedaron rígidos. En el rellano de la escalinata acababa de aparecer un general.

Que muy ceremoniosamente besaba una mano femenina. La mano de una mujer que no podía distinguir Dartex.

El general subió en el «DKW». Tenía cabellos blancos y perfil de ave de presa. Tras su coche seguía otro con sus ayudantes.

La ocupación del castillo propiedad de Amanda de Bremond por un Estado Mayor alemán, le pareció a Guy Dartex providencial.

Se trataba ahora simplemente de seguir por el bosque y contornear hasta divisar la puertecilla de los proveedores.

Sólo que él era un proveedor de muerte. Una muerte que deseaba muy lenta para Amanda de Bremond.

CAPÍTULO VIII

—¿Señorita Margot Lebrun?

—Yo soy.

Recelosa, interceptaba el paso. Había entreabierto escasamente la puerta. Delgada y menuda, era una reproducción en mediana edad de Josette. Su misma mirada temerosa, su aspecto bondadoso.

—Vengo de Hirson. Me envía Josette, la señora Josette.

—¡Entre, pronto!

Dartex penetró con la sensación de que se hallaba ya en plena plaza fuerte. Preguntaba Margot Lebrun:

—¿Le encargó algún recado para mí?

—Hable más bajo, por favor. Es ella la que me escondió y me dio la ropa de su marido. Soy uno de los voluntarios franceses supervivientes de los ataques en el bosque de Villars y Le Noyon.

Lanzó ella una exclamación de angustia. Retorciendo su delantal balbució:

—La casa está llena de alemanes... ¡Y esta misma noche otros dos vinieron...! ¡No sé qué hacer...!

—Lo que quiera hacer, señorita, hágalo pronto, ¿no le parece?

Y la sonrisa de Guy Dartex debía contener mucha amargura, porque ella se apresuró a decir, cogiéndole la mano:

—Sígueme. Venga conmigo.

La cocina era monumental y casi un laberinto las dependencias anexas. Llegaban al final de un corredor, cuando Margot se detuvo bruscamente.

Un soldado alemán acababa de surgir en el recodo.

—Dios mío —gimió Margot.

Dartex se dijo que aquel soldado tenía que ser un ordenanza. En mangas de camisa, uno de sus brazos arremangados desaparecía en el interior de una bota. La lustraba con cepillazos enérgicos, canturreando entre dientes:

—«*Hie und da ist an den Báumen... Lili... Marlen...*».

—Sigamos como si nada —propuso Dartex.

Iban a pasar por su lado, cuando el soldado dejando de cantar, alzó el cepillo. Como un guardia de tráfico, pensó Dartex, disponiéndose a lo que fuese.

El alemán farfullaba una frase, acompañándola de un gesto, como si fuera a besar el cepillo.

Tradujo Dartex:

—A mi entender, nos quiere indicar que es nuevo por aquí, y desea beber vino. El rostro mofletudo del alemán se iluminó:

—¡Weint! ¡Ya, ya!

—Dígale que volveré para darle su vino —dijo Margot, que dejó de retorcer su

delantal. Con sus rudimentarias nociones de alemán, expuso Dartex:

—Usted esperar y ella darle vino bueno del país.

—¡Gutt, gutt!

Y colocándose el cepillo bajo el sobaco, el alemán hurgó en su bolsillo y ofreció un paquete de cigarrillos a Dartex, que cogió uno, asintiendo sonriente a las cabezadas del enemigo.

Siguió a Margot pensando sarcásticamente que la guerra era como en las salas de baile. Dependía del lugar. Si se hubiera topado con el alemán, llevando ambos casco y fusil, habrían intentado eliminarse. Pero allí en aquella sala, se había sonreído.

Si por la calle abrazaba a una desconocida, el tortazo era impecable. Ahora bien, sonaba la música dentro de una sala y entonces...

—Vamos por aquí, para no pasar por el *office* donde están la cocinera y el chófer, —explicaba Margot—. Así nadie le habrá visto.

Subían por una estrecha escalera. Tres pisos. Y le precedió ella en una habitación de techo inclinado, con dos ventanucos.

—Apenas pueda, regresaré. Esté tranquilo. Aquí nadie vendrá a buscarle. Si alguien llama, no conteste. Y sobre todo no se asome. Le podrían ver desde los jardines o el parque.

Se oyó un timbrazo abajo.

—Es la señora que me llama. Y no he de olvidarme del alemán y su vino.

—Empiece por él, por si acaso.

Era la habitación de la criada Margot Lebrun. La recorrió Dartex. Había muchas fotografías familiares. Parejas con ropa de boda. Quintos con expresión patibularia. Y en el sitio de honor una fotografía ante la cual Guy Dartex quedó absorto.

Debía ser una foto reciente. De Amanda de Bremond. No existía la menor relación entre la postal vendida por Proscenio y aquella foto. Aquí vestía un traje sastre. Y el rostro tenía una expresión indefinible, de tristeza y orgullo.

—Casi parece una jovencita romántica —monologó Dartex, crispados los puños—. Y ahora piensa un poco, Guy... Este castillo, todo este lujo, ¿qué dinero lo pagó? El tuyo en definitiva... y la muerte y el deshonor de Bernard Dartex... Pronto voy a pasarte, la factura Amanda.

—¿He tardado mucho? —preguntaba Margot.

Salió Dartex de su abstracción. Margot colocaba sobre la mesa el contenido de la cesta: un cubierto, tajadas de carne fría, pan, frutas y una botella de vino.

—Coma tranquilamente sin reparos, muchacho. Esto es una maquinilla de afeitar, para luego, si quiere quitarse el vello.

—¿Hace tiempo que están aquí los de la Wehrmacht?

—Una semana. El general Kurt Ulberg ha instalado aquí su Estado Mayor. Hace tiempo que esperan una invasión en grande, dice la señora.

—¿La señora sabe que estoy aquí?

—Pues no...

—¿No se atrevió a decírselo, verdad? Porque le habría ordenado que me echase rápido. Oiga, su señora parece que está en muy buenas relaciones con la oficialidad de la cruz gamada. El general le besaba la mano hace poco. A lo mejor, la señora ignora que estos caballeros son enemigos ocupantes.

—¿Y qué quiere usted que haga ella? Ellos son los amos. Y ella tiene interés en no enojarlos... Y yo, gracias a esto, puede darles alojamiento... Desde anoche, hay otros dos soldados escondidos en uno de los sótanos. La señora lo sabe, y por eso a usted le he escondido aquí.

—Comprendido. Ella ya no quiere dar acogida a más visitantes comprometedores...

—Es natural. Por todas partes hay carteles anunciando que serán fusiladas las personas que escondan a los F. F. L. y canadienses. Y sus dos compañeros siguen con el uniforme. Tengo que buscarles ropa. La señora dijo que luego les iría a visitar.

—Entonces es preferible que esté con ellos... Sí, es cuche... Si usted no le dijese a su patrona que hay un tercer huésped, ella se enfadaría con usted. Cuando se lo anuncie ahora, dígame que si la desobedeció dándome entrada, era porque yo venía con un encargo para ella.

—¿Un encargo?

—Sí... Figúrese que hace ya bastante tiempo; vivimos en la misma dirección. El número 44, de la calle Bruyére. Recuerde bien este número y la calle.

—Así se lo diré. Y ya que quiere ir al sótano, le llevaré allí. No hay luz para no llamar la atención, ¿sabe?

Cuando Margot cerró desde fuera la puerta, bajó Dartex a tientas los peldaños. En la total penumbra, entre dos hileras de toneles, vio moverse a dos sombras.

Un acento parisino, guasón, ironizando:

—¿Oíste a la doncella, Bebert? Nos anunció un compañero y ese mozo es un campesino. Otra voz, ronca, especificó:

—No hay que fiarse, Mimil. Si no contesta correcto a nuestras preguntas, lo escabechamos.

Deteniéndose junto al primer tonel, Guy Dartex pestañeaba para ir acostumbrando sus ojos a la oscuridad. Gruñó irritado:

—A los que hay que escabechar son a los Fritz, compadres. Vosotros no sois de la «C», pero sí de la Brigada 153.

—Parece estar informado el señor... A ver si es de los nuestros o es un espía... Me llamo Robert Duverne, mejor conocido por Bebert. Y éste es Emil Jaures, Mimil.

—¡Vaya...! Sois de la «B», mandada por el capitán Cresson, alias Chupito. Os tocaba reagrupar con la «A» en el extremo nordeste del bosque de Villars. Yo era de la «C». Llamadme Guy. Tuve que salir pitando cuando los tanques y perdí el rumbo.

—¡Chócala! Y perdona si te recibimos así algo amoscados... Las pasamos maduras Bebert y yo para llegar hasta aquí. Los de la «A» y «B» íbamos a pasar recuento, cuando nos cayeron encima los Atilas... ¿Cuántos eran, Bebert?

—Yo multipliqué, pero la verdad es que nos encerraron en una bolsa, y no quedó más remedio que «sálvese el que pueda»... Estuvimos Mimil y yo dando tumbos por la jungla... Es increíble la cantidad de bosque que hay por la zona... Bueno, tú, Guy, por lo menos te agenciaste ropa de paisano. Pero ése y yo, vamos listos. Hemos perdido contacto con los demás, ¿cuánto tiempo podremos aguantar?

—Mientras hay vino, hay esperanza —masculló Robert Duverne.

—Pero sin abusar, Bebert. Luego te entran delirios de grandeza. Poco antes que vinieses tú, Guy, me propuso apoderarnos él y yo del castillo, alzar en armas a los aldeanos, y avisar por radio a Londres, que ya está todo preparado. Que vengan cuando quieran.

Dartex percibía ya los semblantes de los dos F. F. L. Enjutos, algo alucinados. Sentándose en el resalte de un soporte de tonel, frente a ellos, rozándose las rodillas en el estrecho hueco entre los dos toneles, comentó:

—La orden recibida era que al término de la operación de avance e infiltración, debíamos encontrar un sitio donde aguardar el próximo desembarco en masa.

—O sea que Mimil y yo estamos como tú, en el sitio donde el mando ordenó. No hay pega, ¿ves, Mimil? Se hacía mala sangre, por si luego nos acusaban de desertores... Somos soldados perdidos en el bosque. No hay pega. ¿Verdad, Guy?

—Hombre... Me gustaría decirnos que todo va magnífico. Pero ¿cómo se os ocurrió esconderos aquí?

—De noche, vimos una tapia llamamos a una puertecilla. La que te trajo nos condujo a este sótano, y nos avisó que no nos moviéramos porque había Ottos por la casa. ¿Cuántos? ¿Un par de escuadras?

—Un Estado Mayor completo de la Wehrmacht.

—¡Rediez! Pues sí que tuviste pupila, Bebert... Me dijiste: «Mimil, éste es el castillo soñado para pernoctar y hacer un alto en la caminata. Tranquilo, casi deshabitado, lejos de toda soldadesca enemiga...». ¡Maldita sea el momento en que te hice caso!

—Ya estamos dentro, ¿no, Mimil? Todo consiste ahora en saber salir sin llamar demasiado la atención. ¿Qué sugieres, Guy?

—Es posible que la propietaria del castillo os facilite ropa. Y pueda yo averiguar dónde podéis esconderos con mayor seguridad.

—¿Tú te quedas aquí dentro de esta trampa?

—Tengo que cumplir una misión especial.

Abrióse la puerta, y al contraluz se silueteó Margot Lebrun.

—¡Señora! Mimil y yo nos hemos quedado sin tabaco...

—¡Señora! Bebert y yo lamentamos abusar, pero si nos facilita ropa como a Guy, saldremos de esta ratonera... ¡Ey, te llama a ti, Guy! A ver si nos resuelves la papeleta, Guy, compadre.

A solas nuevamente, los dos F. F. L. permanecieron pensativos. Dijo por fin Duverne:

—Vestido de paisano, se circula libremente, ¿te das cuenta, Mihil?

—El fulano ése tiene una suerte bárbara... Seguro que la dueña del castillo, que debe estar imponente, le invita a almorzar por todo lo grande. Y como el chico va afeitado, y parece de los que fueron a colegio de pago, a lo mejor se la conquista... Hay fulanos que nacieron de pie y con chamba. Como ése Guy.

Guy Dartex al término de la escalera conduciendo al segundo piso, se detuvo en el rellano, porque Margot Lebrun parándose, decía:

—Aquí no suben «ellos»... La señora le espera. Se sorprendió mucho cuando le mencioné el 44 de la calle Bruyére.

—¿Qué dijo?

—Estaba muy pensativa y me preguntó qué edad tenía usted aproximadamente. Le contesté: «Señora, exacto no lo sé. Una edad de soldado. Entre los veintiuno y los veintitrés».

—¿Y entonces?

—Pues entonces, ella murmuró: «Por aquella época debía ser muy jovencito él. Es extraño que se haya acordado». Me preguntó cómo se llamaba usted. Le contesté que no lo sabía.

Avanzando por el rellano llamó a una puerta. Y el tiempo pareció retroceder ocho años.

Porque la misma voz musical, oída en aquel pasillo de camerinos, volvía a resonar, invitando:

—Adelante.

Guy Dartex entró. Y permaneció en silencio, reclinada la espalda en la puerta que acababa de cerrarse desde fuera.

CAPÍTULO IX

Era un saloncito amueblado severamente. Con distinción. Echados los cortinajes. Encendida la lámpara central.

«La Enemiga Odiada» —pensó Dartex—, parecía una amable y aristocrática anfitriona recibiendo a un visitante cohibido.

Un traje sastre color gris, modelaba una esbeltez atractiva. El rubio cabello a lo paje, enmarcaba un rostro de suaves facciones, donde los inmensos ojos verde-claro eran inexpresivos.

Y sentada en el sillón de alto respaldo junto a una mesita con varios libros, esbozó ella una tenue sonrisa al decir:

—Entonces, por lo visto el destino nos impulsa nuevamente a habitar en la misma casa.

—La de la calle Bruyére era menos lujosa.

—Indudablemente, pero por lo menos en ella se corrían menos riesgos que aquí.

—Sobre todo yo.

—Y yo también.

—No es por capricho, créalo, que vine a este castillo.

Enarcó ella las finas cejas ante el tono incisivo del taciturno desconocido. Con cierta sequedad, replicó ella:

—Me hago cargo, pero tampoco ha sido por capricho mío que en esta casa ahora tres hombres, cuya presencia podría suponer, al ser descubierta, que me fusilasen. En fin, hablemos de otra casa. Ya que habitó usted en el 44 de la calle Bruyére, y me recuerda de entonces tiene una excelente memoria. Abandoné aquella choza, y perdóneme la expresión, cuando usted podía tener a lo más doce años.

Junto a la puerta había una silla. La viró Dartex para sentarse en ella con el respaldo contra el pecho. Dijo lentamente:

—Nunca residí yo en el 44 de la calle Bruyére. Enarcó ella nuevamente las cejas. Sorprendida.

—Es curioso... No le conozco y sin embargo, su mirada me recuerda algo muy lejano... ¿Por qué mencionó el domicilio donde viví hasta mis dieciséis años?

—Casi me hará creer que no son las vicisitudes de la guerra las que le han conducido a esta casa, sino un motivo incomprensible para mí. No puedo asegurar que me parezca usted impertinente, pero si bastante raro...

—La guerra, señora..., ¿no debo decir señorita? Creo que en el año 40 seguía usted soltera.

—Y sigo siéndolo. A todo eso no sé siquiera... ¿Cómo se llama?

—No es la primera vez que quiere saberlo.

—Que yo sepa, hasta ahora no le hice esta pregunta.

—La ayudaré a recordar. Había un teatro de revistas, convertido en cine, el año

39. El «Molino Verde». Usted era la estrella que exhibía diversas tonalidades cromáticas de gasas.

Sonrió ella. Casi infantilmente. Como recordando travesuras, se dijo Dartex.

—Hace ya algún tiempo de esto. No pudo usted verme actuar.

—Una tarde de domingo, en el cuarto de hora de entreacto, un adolescente vino a su camerino a traerle rosas.

—¿Qué edad tenía aquel adolescente?

—Quince años. Usted llevaba solamente gasas ambarinas.

—Corro el riesgo de herirle en su amor propio, pero dando por supuesto que usted fuese aquel adolescente, no le recuerdo. En todo caso, demostró usted una prematura tendencia a la atracción de las supuestas mujeres fatales...

Se hizo repentinamente tan amenazadora la expresión de Guy Dartex que ella, dilatados los ojos, murmuró atónita:

—¿Qué daño pude yo hacerle para que me odie usted? Llamaron en la puerta. Y casi al instante, entró Margot Lebrun.

—Excúseme, señora. Ha venido Fernand, el jardinero. «Ellos» están registrando todas las casas de Hirson. Encontraron a un canadiense en la granja de las hermanas Dubuisson... ¡y las han fusilado allí mismo! A las dos pobres mujeres... Tengo miedo, señora.

—Serénese, Margot. Lléveles cuanto antes ropas a los dos soldados del sótano. Dígalos que iré a verles para que comprendan que no pueden seguir aquí.

—Sí, señora. Inmediatamente.

Salió apresuradamente Margot Lebrun, visiblemente aterrada.

Levantándose, la propietaria del castillo se aproximó a la puerta. Adosado en ella, Guy Dartex le cerraba el paso.

—¿Se dispone usted a darles prisa a los dos franceses Bebert y Mimil?

Había mezcla de estupor, y rencorosa extrañeza en los verdes ojos, a instantes de clara luminosidad. Replicó con sequedad:

—No puedo obligarles, si se niegan, a abandonar mi sótano.

—Lo cual significa que, si se obstinan en permanecer donde están, los entregará usted a su rendido admirador, el general Ulberg.

—Ocúpese mejor de usted mismo, cuando aún está a tiempo de irse.

—¿Yo? ¿Irme yo? Me place extraordinariamente anunciarle que me quedo. Me parecerá una música celestial la producida por el estampido de los doce balazos hincándose en su escultural figura, Amanda de Bremond.

Colérica, alzó ella los dos puños. Con frenesí de indignación, disponiéndose a golpear aquel rostro crispado en mueca de odio y desprecio.

Guy Dartex asió las dos muñecas femeninas. Las retuvo en alto. A escasa distancia del espléndido busto que jadeaba bajo la blanca blusa camisera.

Apretaba convulsivamente las manos y ella emitió un tenue grito, antes de inquirir casi sollozante:

—Pero... ¿qué es lo que yo puedo haberle hecho?

—Es exactamente la pregunta que no tenía que pronunciar. Lo que usted me ha hecho, no podrá pagarlo ni con cien veces que la fusilasen.

Los anchos ojos verdes rebosaron angustia.

—¿Quién es usted? Estoy segura que no le conozco.

—Mi apellido no es muy corriente. Dartex... ¡Dartex! Bernard Dartex. ¿Le recuerda algo el apellido Dartex?

Instantáneamente, cesó ella de debatirse. Soltó Dartex las muñecas. Retrocedió un paso, vacilante. Parecía pensar en voz alta:

—Naturalmente que recuerdo el apellido Dartex... Bernard Dartex tenía un hijo... ¿Usted?

Naturalmente... Hubiese debido adivinarlo antes... Ahora, todo queda explicado...

Su indignación, su frenesí, hasta su temor habían sido remplazados por una especie de resignada dulzura. Y agregó:

—Todo queda explicado, ahora. Comprendo por qué ha decidido quedarse aquí. Le agradecería ser el motivo de que me fusilasen, ¿no es cierto?

Guy Dartex silabeó con lenta complacencia:

—Confieso que es una perspectiva tan placentera, que haré todo lo posible para prolongarla.

Entornó ella los párpados, bajando la cabeza, como si no pudiera resistir la mirada rebosante de acumulado rencor del que añadía:

—Asomarme y dejarme capturar, fingiendo llevar horas escondido en tus habitaciones particulares y con tu pleno consentimiento, sería demasiado rápido, Amanda... Ojalá pueda hacerte conocer la sensación especial de agonizar poco a poco, esperando con el amanecer, la muerte.

Ella alzó los hombros en gesto de infinito abandono. Disponiéndose a abrir la puerta, manifestó Dartex:

—Por esto mismo quiero que se vayan mis ex compañeros de expedición. Quiero ser yo, únicamente yo, el dueño de las horas que te queden por vivir.

Abrió, invitando:

—Hazme los honores de la casa, Amanda. Para evitar que huyas, ¿comprendes?

Por el rellano se aproximaban unos pasos. Engarfiadas las manos esperó Dartex. Entró Margot Lebrun. Jadeando anunció:

—Los dos soldados... se han ido, señora... En el carro de Fernand el jardinero...

Miraba interrogante a Dartex. Y fue Amanda de Bremond la que expuso con aparente serenidad:

—No se preocupe, Margot. Nunca suben a este piso. Además, el general y sus ayudantes fueron en viaje de inspección y no regresarán hasta mañana. Ya la llamaré cuando la necesite, Margot.

Saludó la criada antes de salir, cerrando por fuera con suavidad. Con tono banal,

dijo Amanda:

—Debo deducir que se propone usted algo así como convertirnos a ambos en prisioneros el uno del otro.

—En efecto.

—Debo indicarle que pueden pasar días y días sin que yo necesite descender nada a la planta baja y al pabellón que es donde se alojan los oficiales y soldados.

—No tengo prisa alguna.

—Lo crea o no... me resulta molesto hacer referencias al pasado, Guy Dartex.

—Nadie la obliga a hablar.

—Antes me tuteaba usted, como señal de desprecio.

—Pero he pensado que la tutearon seguramente tantas veces que podría usted interpretarlo como muestra de cariño.

Por vez primera, Amanda de Bremond rió. Febriles los ojos.

—Hay profesiones que permiten suponer una inmoralidad indudable. Pero no es así, señor Dartex. Muchos modelos de pintores son profundamente honestas. Me consta que nada de lo que yo pueda decirle, alterará su juicio, formado por comentarios basados en las apariencias... Y sin embargo, la verdad... ¡es tan distinta a como se la imagina!

Tintineó entre los libros sobre la mesa, un timbre con intermitentes zumbidos. Alzó ella de su blanco engarce, el aparato telefónico. De comunicación interior.

Mantuvo el auricular algo apartado del oído. Miraba fijamente a Dartex que pudo oír una voz gutural, manifestando en correcto francés excesivamente gramatical:

—Tengo el honor de saludarla, señorita de Bremond, solicitando tenga a bien recibirme.

Perdóneme la presunción al suponer que sabe quién soy.

—Identifico perfectamente su voz, capitán Lunderman. Unos minutos tan sólo para...

—¡Por favor, no se moleste! Heriría mi sensibilidad obligar a una dama a bajar tantas escaleras.

Las subo. Gracias.

Se oyó el chasquido del corte de comunicación. Y Amanda de Bremond tuvo un ademán fatalista.

Dijo con cierto nerviosismo:

—Rolf Lunderman, capitán de un «Einsatzgruppen» de las «S. S.». Un verdadero bestia bajo el aspecto de un risueño y simpático Apolo.

Guy Dartex abrió una puerta lateral. Daba a una alcoba exquisitamente anticuada. Entró en ella, dejando la puerta ajustada.

Comprendía el nerviosismo de Amanda de Bremond. Era legendaria la implacable ferocidad que caracterizaba a los Grupos de Exterminio.

CAPÍTULO X

Las altas botas negras, uniforme gris plumizo y la gorra airosamente ladeada, daban un aspecto muy marcial al capitán Rolf Lunderman.

—Excúseme los arneses. Son complementos que no puedo abandonar so pena de severas consecuencias.

Tenía una risa jovial el capitán Lunderman. Exhibiendo blancos dientes en el guapo semblante de ojos azules y rubio cabello.

Sujeto el cañón en una funda lateral, colgaba de su hombro derecho la metralleta «M. 44». La bolsa de cuero al lado izquierdo del ancho cinto del correaje, tanto podía contener cargadores de recambio, como granadas, calculó Dartex.

Quitándose la gorra que dejó reclinada en su antebrazo izquierdo, Lunderman se cuadró ante Amanda, inclinó bruscamente la cabeza, y comunicó con exagerada seriedad:

—Su Excelencia el general Ulberg lamenta no poderse despedir de usted. Ha recibido orden de inmediato traslado de su puesto de mando. Me ha recomendado encarecidamente que la considere a usted como una fiel amiga simpatizante, henchida de fervorosa confianza en los beneficios del triunfo indiscutible del Nuevo Orden. ¡Heil Hitler!

Y rápidamente se transformó el envaramiento y automatismo de Lunderman en flexibilidad riente.

Asiendo la diestra femenina la llevó a sus labios, depositando en ella un sonoro beso.

—Cumpló órdenes muy gratas al realizar el último encargo del general Ulberg. «Bese la mano de la señorita Bremond y transmítale la seguridad de mi respeto más profundo». Entre nosotros, reconocamos que el viejo Hans Ulberg es un prusiano de la vieja escuela. ¿Puedo sentarme?

—Se lo agradeceré. Así en pie, da usted una impresión de aplastante y dominador, Lunderman.

—Y usted sentada, mi querida amiga, domina inefablemente.

Atrayendo un redondo escabel acolchado, sentóse Lunderman. Sus ojos de un azul gélido fueron escrutando.

Girando lentamente la cabeza parecía taladrar con la mirada hasta el último rincón. Permaneció erecto, clavados los ojos en la entornada puerta de la alcoba. Pero su tono siguió siendo jovial:

—Tanta soledad debe deprimirla, Amanda. ¿Me tolera la familiaridad? Gracias. Si mi memoria no me traiciona, a raíz de habernos conocido en París, me calificó usted de payaso bestial.

—En la ocasión que usted menciona, solamente hablé con el coronel Trepow.

—Con el cual también hablé yo últimamente, y muy en privado, créame. Todos

somos algo por duplicado, y en las actuales circunstancias, más que nunca. Fíjese por ejemplo en el propio coronel Trepow que parecía tan sólo un asno fúnebre. Resultó ser un conspirador. Lo ahorcaron. Mejor dicho ahorcaron lo que de él quedaba tras haberlo yo interrogado personalmente.

No apartaba Lunderman los ojos de la puerta entornada.

—¿Desea usted tomar algo, Lunderman? ¿Aperitivo, champaña?

—Desearía tomarla por asalto. No es una brutalidad expresarlo sinceramente. En los archivos muy particulares usted figura como honesta, desesperadamente honesta, desde hace algunos años. Resulta prodigioso que nuestro bien organizado servicio de información no haya sido capaz de atribuirle siquiera un amante. Entre nosotros, debo confesarle que la admiro. Ha sabido usted disimular muy hábilmente su íntima vida secreta.

—Será porque no tengo ningún secreto íntimo hoy en día.

—Hónreme con la confidencia de este misterio... Usted es bonita, inmensamente atractiva como la fruta prohibida... Cuénteme su secreto y a cambio yo le revelaré otro.

—Mi secreto es sencillo, capitán Lunderman. A los veintiún años me enamoré con toda mi alma... Conocí por vez primera lo que era el verdadero amor. Hasta entonces yo me había reservado para este gran amor. Cuando llegó, resultó un imposible, ya que no pudo tener continuación ni realizarse plenamente. Él murió.

—La sinfonía inacabada. La más deseable, ya que no desengaña. ¿Su gran amor murió de poética consunción?

—Usted está perfectamente enterado que mi prometido Jacques Bernstein murió en un campo de concentración.

—Entonces, amiga mía, tiene usted una admirable grandeza de alma al no odiarnos a nosotros. Si yo tuviese una prometida de raza judía, no sentiría mucho afecto hacia los responsables de su desaparición.

—Antepuse el cerebro al corazón, Lunderman. Muerto Jacques, logré que predominase el sentido práctico. Me aislé aquí, en espera de que terminase la guerra. Y ahora, ¿cuál es el secreto que iba a revelarme?

—Estamos virtualmente a solas. Supongo.

Y Lunderman volvió a, mirar fijamente la puerta entornada, al agregar:

—Nuestro servicio la considera de toda confianza. Por lo tanto, es absurdo pensar siquiera que oculte a nadie en su casa. Estamos solos. Han desalojado su castillo todos los del Estado Mayor de Ulberg. Mi sección ocupa posiciones de vigilancia oculta en torno a esta mansión, Parece ser que un grupo de la llamada Resistencia se propone instalarse por las cercanías. Estos condenados terroristas no sé cómo se las componen, pero a veces saben antes que nosotros mismos, los movimientos de nuestras fuerzas. Supieron que el castillo iba a ser desalojado por Ulberg y sus chupatintas. ¿Quién hay ahí dentro?

Apuntaba Lunderman con el índice zurdo hacia la puerta entornada.

—Es mi dormitorio —declaró ella.

—He oído un susurro de pasos cautelosos. Sería ofenderla sospechar que pudiera usted esconder bajo su cama a un amante. ¿Permite?

Poniéndose en pie, Lunderman efectuó un gesto maquinal. Alzar el hombro derecho y liberada la punta de su metralleta, enderezó el cañón aprisionando la culata entre codo y costado. El portagatillos quedaba empalmado en el hueco de su diestra.

Miraba de soslayo a la impasible francesa, que permanecía sentada, mientras él aproximaba a la puerta entornada. Y asestó de pronto un recio patadón.

La puerta abanicó restallando contra la pared.

Adherido al otro lado del dintel, por su parte interior, Lunderman hizo describir un lento semiarco a su «M. 44».

Por la cerrada ventana los cristales transparentaban la rojiza luz del atardecer.

Las cortinas se arqueaban decorativamente entre los cuatro postes de la gran cama dosel. En el umbral Amanda de Bremond manifestó:

—Pudo ser Margot, la criada. En el corredor.

—La criada, el chófer y la cocinera, permanecen en su adecuado lugar bajo la adecuada vigilancia de dos de mis hombres. Resulta curioso que cuando hice alusión a que estábamos solos, poco después tuve la casi certeza de que alguien se movió aquí dentro. ¿Aquella puerta...?

—El cuarto de baño.

—Medite la respuesta, amiga mía. La servidumbre juró que estaba usted sola. La única puerta de acceso a esta mitad del piso, es la que empleé para entrar. Si encontrase a alguien, la servidumbre sufriría las consecuencias de un falso testimonio.

—Nadie puede escalar la fachada, a menos que lanzase una cuerda con garfio.

—Descartado. Desde el exterior mis hombres hubieran visto al supuesto escalador. Tenga la bondad de comprobar si en su cuarto de baño no falta nada... o sobra algo.

Amanda de Bremond avanzó hacia la puerta que señalaba Lunderman con el cañón. Abriendo, avanzó dos pasos y al quedar de perfil, denegó con la cabeza.

Lunderman en el dintel rió silenciosamente. Contemplaba con leve asombro la bañera de mármol verde, a ras del suelo de mosaicos. Con enormes grifos de jade, simulando figurillas venusinas y de amorcillos dieciochescos. Con frisos de blancas palomas esculpidas en relieve.

—Hace juego con el dormitorio de los canapés, amplios sillones... Se debe usted sentir muy sola aquí, Amanda... Este armario empotrado daría cabida a media docena de personas.

La doble puerta corrediza era de un blancor deslumbrante donde destacaba más el plateado asidero simulando una manopla de guerrero medieval. De acero y malla.

—Es simplemente un armario ropero —dijo ella.

—Soportaré la tentación de contemplar sus prendas más íntimas. Abra, por

favor...

Se detuvo ella asiendo ya la manopla. En su espalda aplicaba Lunderman la boca de la metralleta.

—Tengo la sensibilidad de un violín tenso, Amanda. Tras estas blancas maderas hay alguien... Si es su amante el que pretende ocultarse en defensa de la buena fama de usted, comete un grave error.

Denegó ella con la cabeza. El brazo izquierdo de Lunderman rodeaba su cintura. La voz masculina se hizo gutural:

—¡Abra, de golpe! ¡Con fuerza!

Empujó ella con ambas manos. El batiente se deslizó hasta cubrir el otro. Lunderman con cierta estridencia en el tono, expuso:

—Invite a salir al que ahora queda oculto en el hueco tras la protección de los dos portantes.

Avanzó ella casi en vilo. Comprendía que era empleada como parapeto contra una posible descarga brotando de aquel compartimiento anchuroso.

Colgaban los vestidos de sus perchas. Siguió ella avanzando, tras obligarla el brazo izquierdo de Lunderman a dar un cuarto de vuelta.

La metralleta a un lado del parapeto femenino, iba apartando abrigos, y vestidos. Un gran espejo.

Y cajones laterales con prendas sedosas. Rimeros de zapatos en las estanterías bajas.

—Casi tendría que pedirle excusas por mi excesivo recelo, preciosa —susurró él. Seguía manteniéndola contra su pecho. Y sus labios rozaban la mejilla femenina.

Trémula de indignación contenida dijo ella:

—Suélteme inmediatamente, Lunderman. De lo contrario, le juro que iré personalmente a presentar una denuncia contra usted al general Ulberg.

Suspiró Lunderman retrocediendo. Y fuera del amplio ropero empotrado, recobró su habitual sarcasmo.

—Debería excusarme por haberme comportado tan humanamente. Como un vulgar sujeto sucumbiendo al embrujo de la sensualidad. Usted es la culpable. Tiene un poderoso efluvio de seducción.

Ella al avanzar hacia el dintel en el cual se adosaba Lunderman ladeado, trataba de dominar su íntimo desconcierto. ¿Cómo podía Guy Dartex haber descubierto el pasadizo? Era imposible que él hubiese hallado el resorte que hacía girar sobre sus goznes un panel. El espejo al interior del armario.

En la sala fue a sentarse. Erguida, pálida.

—Parecerá absurdo, Amanda, pero en mi instinto tengo la convicción de que no estábamos los dos solos. Será la atmósfera de estos castillos, antaño ocupados por gentilhombres frívolos y marquesitas coquetas...

—Le aseguro que no hay pasadizos secretos ni armaduras ambulantes.

—Llamaré a mi ayudante especial. Hans Bertold es un técnico en ingeniosas

torturas que al presenciarlas, casi me erizan el vello... Oh, no, no es para que la interrogue él a usted, ni mucho menos. Éste sería un deleite que me reservaría yo mismo, compréndalo. Pero Bertold podrá rebuscar el secreto escondite que persisto en suponer que tiene que existir por aquí... Entre nosotros tres, usted, Bertold y yo..., ¿resolveremos el enigma?

—No hay misterio alguno, Lunderman. Usted creyó oír pasos. Eso es todo.

—Si soy un imaginativo, y no lo soy, le presentaré luego mis excusas. Pero ahora voy a llamar desde aquí mismo a Bertold. Él podrá hallar el misterioso escondite, mientras yo no deje de prestarle a usted mi máxima atención.

Y abriendo la puerta dando al rellano, gritó Lunderman:

—¡Bertold!

Permanecía de perfil, trazando la metralleta sobre su antebrazo un lento semiarco. Desde la planta baja contestó una voz aguda y chirriante:

—¡A la orden!

Iban crujiendo los peldaños bajo las botas del que subía con rapidez. A cada lado del rellano había grandes cristaleras con figuras esmaltadas.

Apareció por el último tramo de la escalera el busto de Hans Bertold. De cara afilada y enorme corpulencia, producía la impresión de lo que era: un autómatas desprovisto de todo sentimiento.

La risa de Lunderman brotó áspera y desagradable:

—Necesito tus servicios, Bertold. Creo que han engañado a la señorita de Bremond.

¿Está usted temblando, Amanda? Y eso que ignora lo que va a suceder ahora, sí mi instinto no me engaña...

—No te engaña, Fritz.

La inesperada frase galvanizó a los dos especialistas en exterminios. Simultáneamente miraron hacia la cristalera de donde había surgido la irónica frase pronunciada en francés.

Veían un recuadro abierto al exterior, pero no había nadie.

—Copado, Otto y Fritz.

La frase surgía ahora del otro lado del rellano. También la cristalera estaba abierta, pero nadie visible...

Un súbito crepitar de disparos restalló al exterior. Procediendo del círculo boscoso en torno al castillo.

Lunderman y Bertold se adosaron a la pared, encañonando cada uno de ellos hacia uno de los extremos del rellano. Iba abriéndose una puerta.

Disparó Lunderman una ráfaga.

En la ventana abierta primeramente la voz burlona anunciaba:

—El pánico cunde.

La ráfaga de Bertold taladró el aire en la abertura. En torno al castillo iban decreciendo las descargas. Desde el tramo de escaleras, brotó una llamarada

escupiendo en consecutivos foganazos.

Hans Bertold fue girando sobre sí mismo, acribillado.

Disparó Lunderman frenéticamente hacia los peldaños. Saltaron en astillas los barrotes de madera de la rampa.

Se desplomó Bertold ruidosamente.

Desde la cristalera abierta más cercana a Lunderman la voz burlona gritó:

—¡Cuidado! ¡La otra puerta, Lunderman!

Lunderman apuntó rápidamente hacia la puerta que iba abriéndose. A la vez corría en zigzag. Perlado el sudor su frente. Aquel estilo de ataque era el peculiar de las emboscadas de los terroristas llamados resistentes.

Surgiendo de un dintel abierto un cuerpo voluminoso se proyectó hacia él. Disparó. Taladrando una alfombra enrollada. Y sobre su nuca se abatió un seco culatazo que le derribó de bruces.

CAPÍTULO XI

Guy Dartex sentía agradable frescor en la boca. Paladeó pensando que aquel líquido era el famoso aguardiente Calvados. Primero daba frescor y luego una deliciosa tibieza.

Y antes que volviera la normalidad a su organismo, estaba regresando la noción a su cerebro.

Recordaba.

Cuando los pasos del capitán del Grupo de Exterminio resonaban por el rellano, él estaba junto a la puerta entornada. Indeciso, porque dentro de aquella alcoba anticuada y femenina, comprendía de pronto que no era capaz de una venganza tan mezquina.

Y fue escuchando la extraña conversación entre Amanda de Bremond y Rolf Lunderman. Hasta que el alemán preguntaba:

—«¿Quién hay ahí dentro?».

Entonces fue cuando súbitamente un trapo rodeó la parte inferior de su rostro. Varias manos le atrajeron por los sobacos y piernas. La mordaza era anudada reciamente.

Lo transportaban entre dos hombres. Veloces y silenciosos. Veía solamente las espaldas del que delante le sujetaba por los tobillos contra sus costados. El de atrás, invisible, actuaba también como un excelente camillero.

Enlazándole por las muñecas, pasándole los brazos bajo los sobacos. Empujándole cabeza y espalda con el torso. Atravesaban un cuarto de baño.

Y siguió creyendo que soñaba despierto. Porque en un inmenso armario, un espejo giraba y sus portadores seguían corriendo. Lo zarandeaban involuntariamente.

Descendían muchos peldaños en espiral. Una escalera en caracol, casi en tinieblas. Un largo túnel que parecía interminable. La voz del que precedía a sus dos portadores, dijo en francés:

—Dejadle aquí.

Le soltaban en el suelo. Y las pisadas se alejaban corriendo. Guy Dartex arqueándose, logró sentarse. Flexionó las rodillas, para incorporarse.

Su cabeza chocó contra una viga, y perdió el sentido.

Al recobrarlo, lo primero que percibió vagamente, fue que le habían quitado la mordaza. Y que de entre sus labios apartaban el gollete de una cantimplora.

Una voz amistosa decía:

—Ya nos explicó Margot que eres uno de los extraviados en el desembarco. Luego volvemos. Se alejaban los pasos.

Dartex se palpó el cuero cabelludo. Una hinchazón latía, pero no había brecha. Comprendió que se había incorporado demasiado bruscamente en un espacio donde el techo era bajo.

Pestañeando miró arriba. Un techo de vigas ennegrecidas. Estaba reclinado en un caballete entre dos toneles. En la bodega donde había conocido a Bebert y Mimil.

Tambaleándose, se levantó para sentarse más lejos donde la inclinación de la bóveda le permitiera alzarse sin tropiezos. La bodega estaba tenuemente iluminada por una linterna colgando de un dintel.

Comunicaba con un oscuro pasadizo por el cual avanzaban dos hombres llevando a rastras un cuerpo. Los dos desconocidos, vestidos como campesinos, pero con boina y metralleta, aparecieron.

Arrastraban cada uno por una pierna al desvanecido capitán Lunderman. Tras ellos, otro resistente empujaba por los codos atados a Amanda de Bremond.

Los tres resistentes actuaron con rápida brutalidad. El más viejo, de cabello gris y largo rostro ascético, era el que había ordenado:

—Amarradlo al poste. De espaldas y codo a codo con esta soplona de la Gestapo. No sé cuál de los dos es peor...

Levantándose, Dartex avanzó unos pasos.

A cada lado del poste, quedaban en pie, sujetos de espaldas por codos y tobillos, la francesa y el alemán. Lunderman no se caía porque una cuerda pasándole bajo los sobacos, le suspendía a un garfio del poste.

—No comprendo porque tantas contemplaciones, Leduc, dijo uno de los resistentes. —Perdemos tiempo.

—Tus impaciencias juveniles, te impiden razonar, Dupont —rebatió Leduc, cuya expresión ascética se hizo desdeñosa al señalar a los dos prisioneros—. ¿Quieres verles ya acribillados y desangrándose? Yo, también, pero ambos pueden dar informaciones.

Y volviéndose hacia Dartex, saludó Leduc:

—¿Qué tal, muchacho?

Hizo Dartex un gesto vago. No podía apartar su mirada de la prisionera que, cerrados los ojos, ostentaba una lividez intensa y una expresión de terror.

Proseguía Leduc:

—No te enternescas, soldado. Esta individua es una gran amiga de la Gestapo. Una soplona traidora.

—Pero daba refugio a soldados como yo...

—Para despistar, seguramente, viendo que se acercaba el momento de la victoria de los patriotas franceses. Nos explicó Margot tu caso. Ella es de nuestra organización y nos reveló el pasadizo del espejo, por el cual te sacamos. Para que no cayeras por error en el tiroteo.

—Tengo que explicaros que...

—Escucha, luego nos explicarás lo que nos importa y no sabemos. Habrás de llevarnos al sitio por donde te extraviaste perdiendo de vista a tus compañeros. Ahora, lo que urge, es ajusticiar a esta pareja.

—Yo me encargo de buscarle las cosquillas a la soplona —anunció Dupont con

mueca sarcástica—. Primero y principal, nos dirá dónde trasladó el general...

Retumbó en el sótano el eco de una explosión. Procedía de los jardines. Leduc imprecó:

—¡Es el taponazo de un tanque! ¡Id con los otros!

Corrían ya por el pasadizo los dos resistentes. Leduc llevaba colgante del hombro la metralleta de Lunderman, y un rifle. Se desprendió de éste, tendiéndolo a Dartex.

—¡Vigíame la pareja hasta mi vuelta, soldado! Si los teutones entran aquí, vende cara la piel, pero antes líquídala a ella. Después a él.

Partió a paso ligero. Resonaban otras explosiones secas, y alternando con descargas de fusilería y metralletas.

Amanda de Bremond miraba con fijeza a Dartex, que molesto, dijo:

—Ellos la consideran una enemiga. Yo oí a Lunderman manifestarle que el general Ulberg la consideraba una fiel amiga y simpatizante.

—También pudo usted oír que negué que hubiera nadie en mi dormitorio. Escuche, Dartex... No me deje a merced de Leduc y sus patriotas... No querrán creerme, y me someterán a torturas y ultrajes...

—No se inquiete por anticipado. Leduc y los suyos, de momento, están ocupadísimos con tanques alemanes. Puede que sus amigos alemanes la liberen, Amanda.

—Y no podrá usted justificar ante ellos, tenemos así a Lunderman y a su gran amiga y simpatizante.

—Dijo usted algo raro antes. Cuando estábamos a solas antes de la llegada de Lunderman. Exactamente... «La verdad es tan distinta a como se la imagina...». Luego, a solas con Lunderman, habló extrañamente. Le dijo que se reservaba usted hasta sus veintiún años para el gran amor. Y Lunderman declarando que la consideraba desesperadamente honesta...

—Le suplico que me suelte. La explicaré todo. Le juro que se disipará su odio contra mí. ¡Se lo suplico!

Como alucinado, Dartex fue desanudando la cuerda que retenía a la prisionera contra el poste. Lunderman seguía con la cabeza colgante sobre el pecho, suspendido por los sobacos, y atado de muñecas.

No se oían ya rumores de combate. Frotándose los brazos, apremió ella:

—Van a volver... Unos u otros, Dartex.

—Usted es la dueña de la casa. Y yo su fiel seguidor inseparable, salvo intervenciones imprevistas.

Corrió ella hacia las escaleras opuestas al pasadizo. Pero no subió los peldaños. Tanteó lo que parecían estantes de viejas y polvorientas botellas de vino.

El panel viró sobre goznes. Y volvió a encajarse apenas entró Dartex en el estrecho espacio en tinieblas.

El cuerpo que era su obsesión secreta desde la adolescencia, le rozó al pasar ella. La voz acariciante que resonó años y años en su recuerdo, decía:

—Tiene que ayudarme a empujar la otra compuerta. Es de hierro.

A tientas palpó la chapa metálica recubriendo una puerta. Empujó y al abrirse el acceso, advirtió ella:

—Hay unas escaleras. Aguarde a que encienda.

Un débil resplandor surgió de un hueco, al pulsar ella un interruptor. Cerró ella la puerta. Miraba Dartex el ancho espacio subterráneo. Un suelo de losas, paredes de piedras sillares, una reja alta y estrecha a modo de ventanillo de aireación, a ras del suelo exterior.

—Fueron las mazmorras en tiempos antiguos. Tardarán en encontrar este sitio, Dartex.

Colgaban cadenas herrumbrosas de grandes argollas. Cinco peldaños abruptos bajaban al recinto de tétrica desnudez.

Un banco de piedra sobresalía adherido al muro de los cinco peldaños. Sentándose, declaró ella:

—Aquí se instalaban los supuestos jueces presenciando las torturas...

—Volvamos al presente —atajó él—. Algo hay muy presente e inevitable. Si vuelven los resistentes, significa tu condena a muerte. Si son los alemanes, la mía.

—Tardarán en encontrarnos...

—Pero no alterará la tardanza, la realidad. Y es hora de sinceridades, porque puede ser una hora de más o menos minutos, pero final y definitiva. Cuando estuve oyendo a Lunderman, tuve la seguridad de que no podría cumplir lo que te juré.

—Lo comprendí al transcurrir los minutos sin que aparecieses.

Hablaba ella con naturalidad, con gran confianza. Como si el porvenir fuera prometedor, satisfactorio...

—Es extraño, Amanda...

—Mi verdadero nombre es Gabrielle, pero siempre me llamaron Gaby...

—Muy emocionante. Para mí siempre eres Amanda de Bremond, la actriz que vestía una simple túnica de gasa, cuando la conocí. Y ya entonces, te hice una confesión.

Miró Dartex las losas del suelo, apoyados los codos en sus rodillas. Se había sentado a distancia de ella.

—Ya entonces, te dije que deseaba odiarte y no podía. Es difícil de comprender y quizá más dificultoso explicarlo. Para mí, durante días y noches, la postal con tu figura en colores, bajo gasas negras y rosas, unidas las manos tras la nuca, fue lo mismo que la imagen de una diosa.

La confesión brotaba ahora fácil.

—Un colegial de quince años escasos descubría de pronto la belleza femenina. Me enamoré de ti con el ansia febril del colegial imaginativo. Luego, juré matarte por... lo que hiciste con Bernard Dartex. Por haberle arruinado. Pero siempre deseándote.

—Tienes que saber...

La atajó con un violento ademán.

—Eres tú la que tienes que oír. De un instante a otro pueden venir los que acabarán contigo, o conmigo. Cuando mi padre se suicidó, estaba yo en el Canadá. No lo supe hasta mucho después. Oí decir a mi tío, que lo que debió hacer Bernard Dartex fue matar a la condenada aventurera... A Amanda de Bremond.

Crispando los puños, se hizo más vibrante la voz del que evocaba:

—Regresé a París. Compré una automática, y salí en tu busca para matarte. Un tramoyista me dijo que te habías retirado y que tenías un castillo por un pueblo picardo llamado Hirson. Me alivió mucho. ¿Sabes por qué?

La pausa pareció durar mucho, antes que confesase él:

—Era horrible lo que me sucedía. Mientras pensaba que apenas te viese vaciaría mi cargador destrozando tu escultura de carne, una voz en mi subconsciente hablaba burlona, afirmando que lo único que yo deseaba era verte, besarte... ¿Comprendes ahora mi odio? Eras la culpable de la muerte de mi padre, y sin embargo, yo te deseaba con fervor de idólatra.

Los anchos ojos verdes de la que escuchaba tenían expresión de afectuosa ternura. Guy Dartex seguía inclinado, mirando el suelo sin verlo. Era la pantalla del recuerdo.

—Muchas noches soñé contigo, porque tu belleza era mi obsesión. Era la belleza primera, la revelación repentina a un colegial. Todo aumentado por la imaginación del inexperto colegial. En el momento culminante, era tu nombre el que en mis labios brotaba, roncamente. Bien, ya lo sabes ahora. Llegué dispuesto a matarte. Me evito hacerlo. Los resistentes se cuidarán de ti, hoy, mañana o dentro de un mes.

—Tal vez buscándome, los alemanes entren aquí, Guy. ¿Qué harás entonces?

—Dependerá de ellos. Si son muchos, se acabarán para mí todos los problemas. Si son pocos, procuraré irme lo más lejos posible de aquí.

—He oído tu confesión, Guy. ¿Puedo explicarte...? Rió él con dolorosa carcajada. Señaló los peldaños.

—Nuestro Destino depende de quién abra esta puerta, y baje estas escaleras. Yo, dada la situación, he tenido la franqueza del condenado a muerte. Tú, dime ahora bellas mentiras. Te escucho.

—Mi verdadero nombre es Gaby Pierlac. En el año cuarenta, residiendo en Burdeos, recibí la visita de un profesor de Literatura, de la Sorbona. Su verdadera identidad es la de Armand Gerard, pero en la Resistencia le conocen hoy por Aramis.

—Precioso y romántico. Revisteras y resistentes tienen en común que emplean apodosos rimbombantes. Empieza bien tu leyenda. Me gusta, mujer.

—El profesor me mostró varias fotografías. Dijo que casualmente me vio por las calles de Burdeos, recién fugado él de París. Que solicitó de un amigo parisino, todas las fotos de Amanda de Bremond que pudiera recoger. Y me propuso una extraña aventura. Yo suplantaría a la verdadera Amanda de Bremond.

Guy Dartex que estaba inspeccionando el funcionamiento del rifle, alzó la vista. Y enarcadas las cejas burlonamente, afirmó:

—Excelente historieta, Amanda. Me está gustando horrores. Sigue, por favor.

—Amanda residía en este castillo. Demostraba simpatía por los alemanes. Había aceptado ser informadora. Y el contraespionaje francés de Londres, consideró muy digna de estudio la oferta del profesor Gerard, cuando éste les dijo que yo era la viva imagen de Amanda.

—Vivísima, exacta y sin error posible.

—Tú mismo admites que sólo viste a Amanda una vez. Cuando tenías quince años escasos.

Desde entonces, tú recuerdo es más bien imaginativo.

—Es posible. Bien, entonces, Gerard exclamó: «¡Viva Francia!». Tú hiciste coro, llorasteis y juraste ser la perfecta agente doble. Soplona de la Gestapo y patriota informadora de la Francia Libre en las nieblas de Londres.

—Toda la historia personal, íntima, de Amanda, la aprendí a través de la lectura de un documentado expediente, sacado de las propias declaraciones de Amanda. Ella fue sincera porque le juraron que estaría encerrada hasta el fin de la guerra. Y que otra la suplantaría.

—¿Dónde encerraron a Amanda, la legítima?

—Temo que la ejecutaron.

—Espléndido. Lástima que nos quede poco tiempo de existencia, mujer. Podríamos presentar a un productor de cine este guión.

—Yo entregué a los alemanes informes que me facilitaba el contraespionaje aliado. Fui así ganándome su confianza. Obtuve a cambio muchos informes valiosos.

—Que enviabas por paloma mensajera.

—Que recogía Aramis, el profesor Gerard.

—Ya... Y cuando Leduc y sus compañeros te acusaban, ¿por qué no mencionaste la suplantación, Aramis, el contraespionaje y toda la monserga?

—Lo hice. Se rieron de mí. Decían que era lógico que tuviera preparado un cuento bonito.

—¿Y cómo sabías todo lo referente a los Dartex?

—El expediente del pasado de Amanda, que me aprendí de memoria. Levantándose, Dartex hizo un gesto extraño al llegar junto a ella.

Avanzó la zurda engarfiada, con lentitud, se ladeó ella, fulgurantes los ojos, y saltando en pie, se apartó.

A tres pasos de distancia, dijo ella apenada:

—Puedo perdonar este gesto, Guy Dartex. No me ofendía a mí. Iba destinado a Amanda. Fruncido el ceño señaló él con el rifle hacia los peldaños.

—Escucha... Por ahí pueden acudir los resistentes. Puedo salvarte, diciéndoles que es verdad tu cuento bonito.

Erguida, se acentuó en ella la expresión indignada.

—Me das pena, Guy Dartex... Empezaba a sentir afecto por ti... Por tu tragedia íntima... Y ahora, te comportas como un miserable...

Lentamente alzó Dartex la diestra con el rifle empuñado por el portagatillos. Una extraña expresión de inmenso alivio transfiguró sus angulosos rasgos.

Y murmuró con ronca entonación:

—Gracias, Gaby... Por fin acabó mi pesadilla. No eres Amanda. Ella no hubiera reaccionado así ante el intento de una mano acariciante. Ella que mil veces se vendió, se hubiera vendido nuevamente, para salvar su vida. Gracias, Gaby... ¿Cómo dijiste? Gaby Pierlac. Suena a gloria, a resurrección.

CAPÍTULO XII

Sonriente, Gaby Pierlac volvió a sentarse. Tendía Dartex la mano, y ella cogiéndola entre las suyas, dijo:

—Me alegra haber disipado tu pesadilla. Lo era... desear a una mujer culpable de la muerte de Bernard Dartex... Ahora, ya lo sabes... Amanda de Bremond murió.

—En paz descanse. Se acabó la obsesión que me remordía como un vergonzoso delito. Pongamos fin al pasado. Y veamos el presente. Te quedas aquí. Yo voy a explorar.

—Es preferible que sea yo. Por si son alemanes.

—Si son Fritz, me retiro a este hermoso pozo de la verdad, y entonces tú sigues engañándoles. Si son resistentes, diré que salí a ayudarles. Esto explicará tu ausencia, como una fuga. De mí no sospecharán. ¿De acuerdo?

—Por completo, Guy; pero has de aceptar también la recíproca. Si las botas alemanas siguen pisando el castillo, tú serás el cautivo, y yo la que te suministre víveres, tabaco y lo que desees.

Subiendo las escaleras, afirmó él en cabezada silenciosa. Explicó ella:

—El panel que da entrada a la bodega, se abre desde dentro tocando en lo alto, el resalte en forma de gárgola. Desde la bodega, atrayendo el corcho que parece clavado en el estante alto, tras un frasco de vino cuyo engarce no es de rejilla de paja sino de alambre.

Se detuvo Dartex en el rellano alto. Miró a la que le contemplaba afectuosamente.

—Tengo fe en mi estrella ahora, Gaby. Sería demasiado cruel que no volviera a verte. Pero, por si acaso, ahí va mi última confesión... Hace ocho años que estoy enamorado de tu apariencia física. Y ahora sé que bajo ella, hay un alma limpia. Puedo intentar... Quizá un día, seas tú la que apague el deseo que no pude felizmente saciar, cuando comprendas que yo siempre anhelé un milagro imposible.

—¿Cuál, Guy?

—Que Amanda tuviera un alma limpia. Como la tuya.

Abrió Dartex la puerta. Y entró en las tinieblas. Llegó hasta el panel. Tanteó la gárgola con suave atracción. Se entreabrió el panel.

La tenue luz de la bodega iluminaba escasamente el poste central, donde ya no estaba el capitán Lunderman.

No había nadie. Atravesó el sótano hacia el pasadizo. Iba ascendiendo a cada ramal en zigzag. Se detuvo porque a través de una hendidura en la rocosa pared se filtraba luz.

Acercó los ojos a la hendidura.

Una cocina antigua, en cuyas banquetas se tendían varios individuos vestidos. Con ropa de campesinos, boina y metralleta al alcance de la mano.

Siguió Dartex ascendiendo hasta desembocar en un espacio cuadrado, con dos

colgaduras totalmente inadecuadas en aquel desnudo recinto rocoso.

Apartó la más cercana. Y la puerta sin llave, cedió paso al primer empujón. Una sombra le hizo encorvarse.

Era una armadura de caballero feudal, con casco de penacho multicolor. El vestíbulo aparecía desierto.

Pero se oía el murmullo de voces en conversación en una sala lateral. Fue aproximándose.

—... Demasiado ingenuo, André. Podríamos engañarles dos o tres días, a lo sumo. Y además, revestir uniforme Fritz aunque sea para engañarles, me repugna.

—Bien, pero este antro, con todos sus escondites, nos proporciona un buen refugio en espera de los que ya no tardarán en desembarcar... ¡Ey, soldado! ¡Te creíamos más que muerto!

Era uno de los dos resistentes, que acompañaba a Leduc cuando trajeron a los dos prisioneros.

En torno a la mesa larga del suntuoso comedor sentábanse ocho hombres. El llamado André añadió:

—Éste es el soldado del que os hablé. Siéntate, amigo. ¿Qué te pasó?

—Cuando salisteis de estampida, fui tras vosotros, al pasar tiempo sin oír ya ruido. Subí por una rampa que me llevó al piso alto. Bajé y aquí estoy.

—También bajamos nosotros, y había volado la pájara. Debió atarla mal Leduc. Pero nos hicimos con la piel de Lunderman. Algo es algo.

—¿No eran tanques alemanes?

—Sí, pero les cogimos de sorpresa. Eran dos tan sólo, con dos patrullas. Perseguían al grupo de Blondel —y señaló a un corpulento barbudo—. Entre los nuestros y los de Blondel acabamos con ellos.

Blondel tendió un vaso lleno de vino a Dartex.

—A nuestra salud, soldado, o cómo te llames en la vida civil.

—Guy Dartex, voluntario del cuarto batallón, compañía «C», Brigada 153.

—Pues, has nacido de nuevo, compañero —decretó Blondel—. Arrasaron con toda tu compañía. Lo supe por la vieja Suzette, la mesonera de Noyon. Oyó a un sargento alemán jactarse de que los pocos que quedaban vivos del desembarco, habían sido copados. A ti te lo contó con detalles, Fernand.

El interpelado, rechoncho y de claros ojos, comentó gravemente:

—Fue una matanza en toda regla. Se hace uno duro con tanto vivir entre muertes ajenas, pero hay cosas que emocionan. Parece ser que los supervivientes de tu Brigada lograron reunirse en Letang: Fue donde los cercaron los Fritz. Y hubo un teniente que sabiendo que era su último combate, se calzó los guantes blancos de gala. Los debía llevar para un caso como éste. Según la vieja Suzette era un tipo de la nobleza. Ella vio la lista que hicieron los Fritz tras recoger las documentaciones.

—Teniente Raymond Abrial, conde de Duplessis —recitó Dartex.

—¡Este mismo!

—Sargento Darius Laroc, soldado Néstor Javel...

—Olvídalo, soldado, olvídalo... ¿Eran tus amigos, verdad? También nosotros hemos ido perdiendo amigos... Hace menos de una hora, el propio Leduc, y Dupont... Qué le vamos a hacer... Así es la guerra. ¡Maldita sea!

Intervino Blondel:

—Estamos de retén, pero tú quedas libre de irte a dormir, Dartex. Y búscate un apodo, por si las moscas. Luego, pagan las familias.

—No es preciso conmigo. No tengo parientes.

—Bien, entonces serás el día de mañana el heroico y único superviviente de las primeras fuerzas de desembarco, compañero Dartex.

—No tengo sueño. Aquí estoy bien. Me recuerda a los otros compañeros...

—Eso es. Dale otro copazo, Blondel.

Escuchó Dartex distraídamente lo que hablaban los resistentes. Pensaba en Gaby. La ilusión que podría realizarse, tal vez...

De pronto, se oyeron recias pisadas. Y aparecieron tres individuos. Los dos primeros, con gesto hostil, apoyada la metralleta en el antebrazo.

El que avanzó tenía un aspecto inofensivo. Canoso, flaco, pequeño, vestía un largo abrigo. Llevaba lentes con cerco de acero. Sus cándidos ojos azules escrutaban mientras decía con voz pausada.

—Dimos la contraseña a vuestros centinelas, compañeros. Lamento la muerte del jefe del grupo Leduc. Tendría ahora que reprocharle...

—¿Qué tendrías tú que reprocharle, eh? —retó André, poniéndose en pie.

—La impetuosidad apaga la débil llama de nuestra supuesta inteligencia, compañero.

—André, me llamo André, y Leduc era mi jefe.

—En todo este sector fue propagada una orden. Ninguno de nosotros tiene atribuciones para juzgar ni ejecutar a colaboracionistas. Aquí en este castillo residía una mujer llamada Amanda de Bremond.

—Bien, ¿y qué? La pájara voló.

—Pudo parecerte una pájara, André. Yo, propenso a lo cursi y retórico, la calificaría más bien de cisne.

—Califícala como quieras, con tal de que sepamos quién diablos eres tú. Uno de los que estaban junto al dintel, gruñó:

—Es el jefe de todo este sector, André.

—¡Ah, diantre! Ahora sí que te pido excusas, Aramis. Nunca te asomaste por nuestra demarcación, pero oí comentar que eras... un tipo culto, dado a recitar poesías y cosas por el estilo.

—Y todo un jabato a la vez —intervino Blondel—. Bueno, jefe, el grupo de Leduc no ejecutó a la... a la dueña de este castillo. Se escapó.

—Ojalá sea así. Debo advertiros que hay retirada general. Lo antes posible. Hacia la madrugada vendrá aquí un grupo artillero enemigo. Mi grupo seguirá por los

alrededores hasta ver si logra encontrar a Amanda de Bremond.

—¿Tanto importa una mujer más o menos? —preguntó alguien.

—Depende de la mujer, compañero.

Fueron saliendo los resistentes. El último en abandonar la sala fue Blondel, que invitó:

—¿Vienes, soldado Dartex?

—Prefiero quedarme con Aramis.

—Es el único superviviente de los desembarcados. Vigiló a Lunderman y a la mujer, pero vino a ayudarnos y mientras, escapó ella. Hasta pronto compañeros.

El profesor Armand Gerard contempló a Dartex, pensativo. Dijo, sin volverse.

—Volved cuando se hayan ido todos.

Los dos escoltas del jefe de la resistencia en el sector, se alejaron. Sentándose, dijo el profesor:

—Estuve hablando con la señora Margot, la doncella de confianza de Amanda de Bremond. Al parecer, a su llegada, usted invocó una antigua amistad con ella, Dartex.

—Un antiguo odio, dirá usted.

—Pocos años tiene usted para darle poso de vejez a su odio. No me jacto de memoria, porque nací con ella, como los elefantes. Su apellido es poco corriente y me es conocido.

—El coronel Charles Dartex mandaba la Brigada exterminada a la que pertenecí.

—Me refería en mi alusión a otro Dartex. Bernard. Y creo que usted quedó a solas, vigilando al preso Lunderman y a la prisionera Amanda de Bremond.

—Profesor... Abulta mucho el bolsillo derecho de su abrigo. Suspiró Armand Gerard.

—Azares de las circunstancias me obligan a transportar el peso de un artefacto letal. Sería deplorable que por un justo afán de venganza, hubiese usted asesinado a una inocente. Un verdadero caso salomónico, Dartex. Si usted creyó matar a la autora de una tragedia que tuvo lugar en su familia... me será doloroso aplicarle cierta ley de cruel imperativo.

—¿Qué ley es ésta, profesor?

—Nadie mencionó aquí mi cualidad profesional que abandoné hace tres años. La ley se aplica a quienes, justa o injustamente, suprimen un elemento muy valioso en el engranaje de la reconquista del suelo francés.

—Burdeos, año cuarenta, fotos, Gaby Pierlac... Pero será preferible que usted personalmente oiga lo que Gaby le sabrá explicar mucho mejor que yo. Permítame que le preceda, profesor Gerard.

—Aramis, por favor. Le sigo, joven. Me interesa sobremanera su charla. Le percibo jovial, alegre casi...

—Porque esta noche en cierta mazmorra del año de la reina Sisebuta, resucité, profesor.

Una hora después, el profesor Armand Gerard abandonaba las mazmorras. Y Guy

Dartex repetía mentalmente lo que había dicho Aramis:

—Ya cesaron sus valiosos servicios a la patria, señorita Pierlac. Aparentemente en el ataque de los resistentes, ha perecido Amanda de Bremond. Creo que el joven soldado merece licencia de reposo. Creo que sabrán hallar un refugio seguro, hasta que ondee la bandera francesa en todos los balcones de nuestra patria.

A solas en el recinto pétreo y lúgubre, comentó Dartex:

—Este lugar lo recordaré siempre como el sitio más hermoso que nunca vi. Es una pena que a la madrugada vengan artilleros Fritz. Me gustaría esperar aquí hasta el final de la guerra. Contigo, naturalmente.

—He pensado en lo que dijiste antes de irte a explorar, Guy. Hoy confundes con amor, lo que no es más que deseo inspirado por mi parecido físico con otra mujer.

—Es posible. Pero no lo puedo evitar. Haré cuanto pueda por suscitar en ti un eco. Algo de afecto, primero.

—Lo tienes.

—Un poco de cariño, luego. O llámalo compasión.

—Tal vez... Algún día. ¿Dónde piensas ir ahora, Guy?

—Acumularé provisiones aquí dentro. Los alemanes no conocen este sótano. Por lo menos, no lo conocen los artilleros que vendrán.

—En una aldea cercana a Burdeos, dispongo de un refugio totalmente seguro donde sin peligro podremos esperar el día de la Liberación.

Y con la Liberación francesa, llegó también el triunfo final de Guy Dartex.

Había logrado convencer a Gaby Pierlac de que su amor era el más intenso del mundo.

FIN



Pedro Víctor Debrigode Dugi (1914-1982) es uno de los grandes autores de la novela popular española en su época de esplendor, aquella que va desde los años cuarenta hasta inicios de los años setenta del siglo xx, cuando la televisión cambia definitivamente los hábitos de consumo de la sociedad española. Fue autor de centenares de títulos en la amplia diversidad de géneros que caracterizaba esta manifestación cultural aunque destacó en el terreno de la novela de aventuras y de la novela policíaca.

Nació en Barcelona el 13 de octubre de 1914, siendo su padre francés y su madre corsa. Educado en un ambiente culto su padre era ingeniero aeronáutico tuvo una esmerada educación. Estudió la carrera de Derecho aunque no la pudo finalizar pues el año 36, viviendo en Santa Cruz de Tenerife, se vio alistado en las filas del bando nacional al inicio de la Guerra Civil; tras solicitar su traslado a la Península se vio envuelto en extrañas circunstancias que le llevaron a ser acusado de espionaje. Tras ser liberado por falta de pruebas, intentó pasar a Francia pero no lo consiguió siendo nuevamente detenido acusado no sólo de espionaje sino de abandono de destino y malversación de caudales. Tras pasar por distintos penales y ser condenado, finalmente salió en libertad en octubre de 1945. Empezó a escribir desde la prisión y se casó por primera vez en 1949 teniendo cuatro hijas a medida que iba consolidando su dimensión de escritor profesional. La familia combinó la residencia en diversas poblaciones de Cataluña y se trasladó posteriormente a Santa Cruz de Tenerife. Desde 1957 hasta 1963 Debrigode se estableció en Venezuela donde trabajó como corresponsal de la Agencia France Press y como relaciones públicas de un hotel.

Vuelto a España, su esposa falleció en 1967. Se volvió a casar en 1972 y fijó su residencia en La Orotava a partir de 1974; falleció en febrero de 1982 a la edad de sesenta y ocho años dejando tras de sí una ingente producción literaria.

Utilizó un amplísimo abanico de pseudónimos aunque los más importantes fueron Peter Debry con él creó la mayoría de su narrativa policíaca y del oeste y Arnaldo Visconti con esta máscara presentó toda su narrativa de aventuras pero también firmó sus obras como P. V. Debrigaw, Arnold Briggs, Geo Marvik, Peter Briggs, V. Debrigaw, y Vic Peterson.